



ANTOLOGÍA

LÍNEAS FLOTANTES

TALLER VIRTUAL DE ESCRITORES 2013

[www.tallervirtualdeescritores.com]

Doble Delirio
Ediciones



ANTOLOGÍA

LÍNEAS FLOTANTES

TALLER VIRTUAL DE ESCRITORES 2013

Publicación realizada gracias a una beca del programa *Becas a Antologías de Talleres Literarios 2013*, otorgada por el Ministerio de Cultura de Colombia.



MinCultura
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD
PARA TODOS

Ministerio de Cultura de Colombia

Ministra de Cultura

Mariana Garcés Córdoba

Viceministra de Cultura

María Claudia López

Secretario General

Enzo Rafael Ariza

Directora de Artes

Guiomar Acevedo Gómez

Grupo de Literatura y Libro

Andrea Victorino Ramírez

© Para la presente edición:

Taller Virtual de Escritores

info@tallervirtualdeescritores.com

Taller Virtual de Escritores

Director: Jairo Andrade

Calle 51 # 74-38, oficina 201, Bogotá, D.C.

Teléfono: (57-1) 5475062

www.tallervirtualdeescritores.com

ISBN 978-958-46-3256-2

Edición: Jairo Andrade

Diagramación y diseño:

Doble Delirio Ediciones

dobledelirio@tallervirtualdeescritores.com

Diseño de Cubierta: © Ouróboros

Impreso en Colombia

Printed in Colombia.

Líneas flotantes, Antología del
Taller Virtual de Escritores.
Bogotá: Jairo Andrade.
Autores: Ceccotti, Guido;
Estefan, Nazmy; Camacho, Fabio;
Schoenborn, Clara; Hernández,
Eliana; Salcedo, Erwin; Rico,
Sandra; Lancheros, Víctor; Vallejo,
Carlos; Gutiérrez, Margarita;
Acevedo, María Victoria; Suárez,
Mauricio; Frontalini, Miriam;
Vargas, Lucas; Serrano, Eduardo;
Zuluaga, John Jairo; Linares, Henry;
Torres, Andrea.
Bogotá: Jairo Andrade, 2013.

114 p.; 14 x 21 cms.
ISBN 978-958-46-3256-2

Literatura - Poesía - Cuento -
Crónica - Bogotá - Escritores
Colombianos.

Primera edición: noviembre de 2013

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total ni parcialmente, ni registrada en o retransmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio mecánico, fotoquímico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin autorización expresa de editor.

Presentación

Culpo al testarudo sol bogotano de enero, aunque la idea tuvo nombres propios, de dar origen al proyecto Taller Virtual de Escritores. El sol de enero es atípico del clima bogotano por su intensidad; el cielo es de un azul límpido y uniforme. Una de esas singulares tardes de dos mil nueve, a Óscar Pantoja y yo, escritores, y Laura Murillo, ingeniera de sistemas, se nos ocurrió dar forma a una idea que se cristalizaría ese mismo año, cuando el proyecto surgido de la charla resultó ganador en la convocatoria del programa *Apoyos Concertados* de la Secretaría Distrital de Cultura de Bogotá.

No se tenía hasta entonces noticia de talleres literarios realizados en plataforma de aulas virtuales en Colombia, aunque eran visibles algunas experiencias en España y México. La bruma bogotana había regresado cuando emprendimos la tarea de implementar esa isla virtual con un taller de cuento en *Moodle*, la acreditada plataforma *e-learning* de código abierto. Esta experiencia piloto contó con el invaluable acompañamiento del maestro Isaías Peña, quien por más de 15 años ha dirigido el Taller de Escritores de la Universidad Central. Indagamos e hicimos las pruebas y ajustes necesarios hasta conseguir un modelo que balanceara satisfactoriamente las fortalezas del taller presencial con las metodologías y herramientas propias de los medios digitales. Así, abrimos la convocatoria al primer taller virtual de cuento en Colombia en julio de dos mil nueve.

La respuesta superó todas las expectativas: cerca de quinientas postulaciones, provenientes no solo de Colombia sino del resto del mundo, para apenas sesenta cupos. Tras el proceso de selección, el taller contó con un grupo de participantes residentes en Colombia, México, Francia, Argentina y China, todos hispanohablantes, por supuesto. Los inmejorables resultados de la experiencia, una vez evaluada, nos impulsaron a ampliar la oferta de talleres. El programa *Apoyos Concertados*, a cargo de la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes (Idartes), jugó un papel crucial en el crecimiento del proyecto. Gradualmente se implementaron aulas enfocadas en los diversos

géneros literarios, de manera que en 2012 el Taller Virtual de Escritores se consolidó como el único proyecto de formación virtual en escritura creativa en Colombia que ofrecía talleres de cuento, poesía, crónica, ensayo y novela, dirigidos a público adulto, pero también a niños y jóvenes. Adicionalmente, se ofrecieron cursos de ortografía y redacción, como complemento de los talleres de creación literaria.

Como parte de esta actividad permanente realizamos varias publicaciones en formato digital que, en su momento, dieron cuenta parcial del proceso emprendido por cada uno de los talleres en los diversos géneros que componen nuestro proyecto de trabajo. Pero la oportunidad de realizar una publicación en físico, acompañada de un significativo plan de distribución, convocada por el programa *Becas a Antologías de Talleres Literarios*, del Ministerio de Cultura de Colombia, nos permitía redondear los propósitos de estas publicaciones previas y llevarlas a un punto ideal de encuentro con el lector.

En ese camino, nuestra propuesta editorial optó por mantener la publicación virtual como complemento del libro impreso, de manera que esta primera antología del Taller Virtual de Escritores llega al lector en doble formato, físico y electrónico. Es innegable la importancia que gradualmente ha ganado el libro digital. La posibilidad de llevar una biblioteca en el bolsillo, de interactuar con el texto y compartir con otros lectores en línea, son solo algunas de las funcionalidades que lo hacen tan compatible con el mundo cotidiano de hoy, marcado por la impronta de la conectividad. Sin embargo, el libro físico todavía es centro y baluarte de la pasión por la literatura. El contacto directo con las páginas de un libro impreso no representa solo un cúmulo de añoranzas del pasado, cuando el volumen pesaba en las manos y despedía el aroma de la espera al abrirlo. Es, sobre todo en nuestro medio, el principal aliado del lector habitual, siempre disponible para la lectura, la consulta o el préstamo, independiente de la posesión de un dispositivo o una conexión a la red.

Puede que en otras sociedades, mejor equipadas y más equitativas, el paso a los formatos digitales resulte más natural. No así en Colombia, e incluso diría que en Latinoamérica. La

brecha económica y tecnológica implica una transición compleja: la pantalla sufre una curiosa pereza en su intención sustitutiva de la imprenta. Que lo logre es solo cuestión de tiempo, en todo caso. Sin duda asistimos a una época de transiciones que llevan la cultura a un escenario digitalizado.

Que la pantalla banalice el arte y afirme una era signada por la cultura del entretenimiento es algo que aún está por verse. La historia del arte puede ser leída como una sucesión de dificultades que el artista solventa en su batalla por la esencia humanista y la necesidad imperiosa de renovar sendas ante nuevas incertidumbres. La transición hacia la cultura de la pantalla es una revolución de tal magnitud como lo fue el paso de la escritura jeroglífica a la alfabética. Mucho ha sucedido en el formidable lapso desde la escritura en tableta de arcilla hasta la tableta digital, pero la literatura ha asimilado esas transformaciones y las ha convertido en materia de su oficio. Ya empezamos a ver el germen de las formas que posiblemente determinen una futura narrativa multimodal, síntesis de los lenguajes y soportes propios de la era digital: la ciberliteratura, con el hipertexto como eje fundacional, y la holopoesía, son apenas ejemplo de esta natural articulación.

Pero abandonando las presunciones, retornemos a nuestras Líneas flotantes, en el limbo del libro físico y digital. Mientras adviene el futuro, dejamos al lector con esta muestra de lo que los integrantes del Taller Virtual de Escritores nos han dejado en estos primeros cuatro años de trabajo. Deseábamos compartir también textos escritos en los talleres para niños y jóvenes, además de un panorama de todos los géneros abordados en los talleres para adultos, pero las limitaciones propias de las condiciones de publicación nos lo impidieron. Hemos hecho el esfuerzo de ampliar la antología en su versión digital, dado que presenta menos condicionantes para su publicación. Invitamos al lector del libro impreso a descargar gratuitamente la versión electrónica de la antología, que encontrará en www.tallervirtualdeescritores.com, nuestra página web.

Cabe señalar que la antología Líneas flotantes es resultado de un proceso de selección que consideró cerca de cien textos, muchos de ellos incluidos en las publicaciones digitales previas.

Confiamos que esta selección de cuento, poesía y crónica que hoy ofrecemos sea tan fruitiva para el lector como lo fue para sus autores y, por supuesto, para el equipo de trabajo del proyecto.

Quedan, entonces, estas Líneas flotantes, primera antología del Taller Virtual de Escritores, en manos del lector. Es nuestro ferviente deseo que también pervivan en su memoria, esa biblioteca viviente y personalísima en la que nada es meramente físico sino incluso misterioso y, en el sentido más humano de la palabra, todo es virtual.

Jairo Andrade

Director de proyecto

Taller Virtual de Escritores



**taller virtual de cuento
niveles III y IV**

El caso Wagenknecht

Guido Ceccotti

A Johann Wagenknecht lo encontraron tendido sobre el césped de su granja una tarde de febrero. Tenía los ojos abiertos, las pupilas dilatadas y ambos brazos extendidos a manera de cruz; parecía sumergido en algún tipo de trance espiritual. Su esposa y las tres hijas intentaron reanimarlo arrojándole agua fría, sacudiéndolo con fuerza e incluso rezando. Al ver que no reaccionaba lo llevaron al hospital. Allí los doctores quedaron perplejos: el campesino no paraba de pronunciar frases extrañas, sus movimientos eran erráticos y de vez en cuando escribía algunos párrafos en el papel higiénico del baño. Se convocó una junta médica, pero la complejidad del caso impidió establecer un dictamen satisfactorio; Wagenknecht empleaba un idioma extranjero que, según los familiares, nunca había dominado. El asunto no hubiera tenido mayor relevancia, de no ser por la noticia que leí al día siguiente en mi despacho, además de los hechos posteriores:

La muerte de Julio Cortázar se produjo ayer al medio día. El escritor de 69 años estaba internado desde hacía una semana en el hospital Saint-Lazare, de París, tras la complicación de la leucemia que venía padeciendo. Su deceso conmocionó al mundo literario.

Como agregado cultural de la embajada argentina, tuve que organizar una breve recepción para honrar al autor. El encuentro, más bien lúgubre, transcurrió en medio de discursos conmemorativos y terminó al caer la noche cuando los invitados se marcharon a sus casas. Dos días después recibí el sobre: una escueta carta firmada por el doctor Stephan Leitner, del hospital Kampmann en Schwarzach, pidiendo mi colaboración para el extraño caso de un paciente con trastorno de personalidad. Decía ser escritor, que su apellido

era Cortázar, y solicitaba la presencia de un funcionario consular argentino. Una broma de mal gusto, pensé, pero al comunicarme por teléfono comprendí que la cosa iba en serio y cancelé mis compromisos para desplazarme hasta el pueblo.

Llegué al día siguiente. Johann Wagenknecht había reaccionado favorablemente esa mañana y no recordaba el episodio. Cuando ingresé al hospital ya lo habían dado de alta. Leiter pidió excusas.

—Lamento haberlo hecho venir, no pensamos que se recuperaría tan pronto.

—Debieron avisarme —respondí—. Tuve que cancelar reuniones importantes.

—Le ruego acepte mis disculpas, todo ocurrió tan de improviso y nos vimos ocupados en el papeleo, usted sabe... Sin embargo, el sujeto dejó algunos escritos que quizá le interesen. Puede conservarlos.

El tren partió a las seis. Durante el trayecto de regreso me entretuve revisando las anotaciones de Wagenknecht. Estaban escritas en español y la caligrafía era impecable, algo inusual para un campesino del norte de Alemania, pero lo que me desconcertó fue el contenido: dos relatos y algunas instrucciones. Decidí contactar a la viuda de Cortázar para aclarar el misterio.

Viajé a París el fin de semana. Tomé en alquiler una habitación cerca de la calle Boursault y salí a buscar la dirección de Aurora Bernárdez. No fue fácil. En el registro del consulado figuraban cuatro ubicaciones distintas, ninguna acertada. Fue por medio de un escritor cubano amigo de Cortázar, a quien conocí en la embajada, que logré encontrarla en una vieja casa del Boulevard Saint-Michel. Me recibió el mayordomo y explicó que la señora estaba indispuesta, no quería recibir visitas. Le entregué mis datos junto a los escritos de Wagenknecht con la esperanza de que la viuda decidiera contactarme.

Esa misma tarde recibí la llamada.

—Señor Balbiani, necesito hablar con usted.

Acudí tan pronto como pude. Aurora me hizo esperar en la sala y luego apareció con una libreta de apuntes.

—Revise esto —me dijo—, son los cuentos que Julio no incluyó en Historias de famas y cronopios.

Ahí estaba el relato, era el mismo que el campesino alemán había escrito y debía servir como prueba de identidad. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—¿Dónde lo consiguió? —preguntó ella.

Le narré lo sucedido y la mujer arrancó a llorar, tardando algunos minutos en recuperarse. Finalmente preguntó:

—¿Alguien más sabe...?

—Sí, los doctores del hospital y la familia de Wagenknecht, pero no comprenden muy bien el español.

—Esto debe quedar entre usted y yo, deme su palabra...

—¿Qué hay del otro texto? ¿No lo piensa publicar? Las instrucciones...

—Olvídelo. Quiero enterrar este asunto.

Permanecimos un rato en silencio. Luego me marché.

Después de muchos años aún conservo el lastre existencial de esta experiencia como una carga que carcome, despacio, el trasegar de mis días. La idea, los pensamientos de un hombre atormentado por el hombre; el devenir circunstancial y cotidiano; una conspiración de incertidumbre a gran escala, me han convertido en una sombra. Ahora doy gracias por preservar algo de cordura.

A continuación, a manera de epílogo, el lector encontrará los escritos antes mencionados, para que saque sus propias conclusiones.

Instrucciones para imaginar

La cabeza ligeramente inclinada hacia uno de los costados, hacia el frente o hacia atrás. La mirada perdida en algo que puede ser un suéter, un niño o un gato de manchas cafés. Los labios deben esbozar un sutil gesto de mansa alegría o, en su defecto, puede apretarlos con una ligera marca de aprobación. Ahora sumérjase en usted mismo sin estrépitos y con la convicción de que tiene el control. Las imágenes en su mente empiezan a manifestarse despacio y sin esfuerzo, relegando los estímulos externos a un segundo plano. Déjese llevar. Las campanas suenan, el viento sopla, los enamorados se abandonan al cariño y de las panaderías asoma un olor a hojaldre recién horneado. En una playa vacía hay tres damas contemplando el llanto del oleaje y los relojes se detienen antes que las flores se marchiten en un bosque poblado de pájaros, musarañas y otras criaturas campestres. De pronto un ladrillo cae, luego otro, y el muro entero de construcciones mentales se viene abajo recordándole que la realidad opresora exige sus dominios y usted, que hace fila en un banco o es usuario del transporte público, debe someterse a la terquedad de lo tangible.

Instrucciones para morir

Relájese. A partir de este momento, empieza la fiesta de la muerte. Déjese llevar. La luz al final del túnel es una metáfora abstracta y primitiva; en todo caso, si la ve, no dude en ir tras ella; quizás encuentre la salvación o consiga avanzar a un nuevo plano, otro nivel del juego donde las reglas son distintas. Nunca se sabe. Lo que debe tener en cuenta (muy en cuenta), es deshacerse con prontitud de los recuerdos que le atormentan, de lo contrario, cargará con ellos por una eternidad indescriptible.

Acepte el destino. Póngase cómodo. La conciencia se diluye y su vida es proyectada en retrospectiva. Un circo, un desfile, el rostro de su madre... Terminará por darse cuenta de que nada, absolutamente nada es importante.

El juego de las líneas

Nazmy Estefan

La espera había sido larga y tediosa. Por fortuna, ya estábamos en el aire.

—Buenos días —dije en tono amable, para dar pie a una conversación—. Ya era hora de que saliéramos. Me aburre mucho esperar. ¿Y a usted?

—También —dijo, fijando su mirada en la revista que hojeaba.

—Ya que vamos a estar aquí la próxima media hora, le propongo jugar algo.

—¿Y cómo cuál podría ser ese juego? —dijo, sin mover sus ojos de la revista.

—Podría ser el juego de las líneas.

—¿Y de qué se trata? —preguntó con amabilidad.

La dueña estaba en perfecta armonía con su voz: ni grande, ni pequeña, una expresión dulce en el rostro; no era una beldad, pero era una mujer bonita.

La había observado en la sala de espera. Ahora, en el avión, ella ocupaba el asiento de la ventana y yo estaba en el del pasillo, junto a ella; tan cerca que podía distinguir el olor floral y fresco de su perfume. Parecía curiosa, o quizás trataba de ser amable y nada más.

—Bueno, yo escribo una línea en una hoja de papel, sobre el tema que quiera, sobre lo que venga a mi mente en ese momento. Y después, en la misma hoja, a renglón seguido, usted escribe otra acerca del tema que mi frase le haya sugerido.

Parece simple. ¿La línea que yo escriba puede ser una pregunta?

—Síp.

—¿Y usted tiene que responderla inmediatamente?

—Síp —repetí, sin saber el rumbo que iba a tomar esta charla.

—Asumo que debe responder honestamente, sin mentir.

—Mmm, sí, se debe responder con la verdad. Pero recuerde que eso aplica a las dos partes.

—Suena bien, comencemos.

—Aún no le he mencionado las reglas del juego.

Mi cerebro trabajaba a toda velocidad tratando de inventar la siguiente parte de la conversación. ¿Cómo podría mantener su atención, cómo lograría su interés?

—Muy bien, dígame ¿cuáles son?—preguntó con cierto tono de curiosidad.

—Son sencillas, en realidad. Como ya le dije, la línea que cualquiera de las dos partes escriba puede ser una pregunta y la otra parte debe responder con la verdad y solo la verdad. Además, no se puede responder una pregunta con otra. Durante el juego las partes no pueden hablar, solo mirar y escribir, y el juego se termina cuando las dos partes estén de acuerdo en hacerlo o cuando, por razones obvias, se haya agotado el tiempo disponible. Y lo más importante: nadie puede saber detalles de nuestro juego, ¡nunca! Será un secreto entre las partes.

—Me parece que lo suyo son las leyes.

—No, ¿por qué lo dice?

—Suena muy legislativo eso de las “normas” y “las partes”.

Las reglas me parecen adecuadas, pero tengo algunas preguntas. Por ejemplo: ¿qué sucede si, como usted dice, a alguna de “las partes” no le gusta una línea o una respuesta? ¿Qué tal si me parece que usted me ofende o me sorprende demasiado con lo que usted escriba y no deseo continuar? ¿Me puedo retirar del juego?

Su voz sonaba cálida, controlada, aunque con un dejo de curiosidad. La había atrapado, ¡estaba interesada!

—No, de ninguna manera. Ninguna de las partes puede terminar el juego sin haber logrado un acuerdo con la otra. ¿Sabe?, tiene razón. En adelante hablaremos de usted y de mí, no más “las partes”. En fin, como le decía, antes de poder terminar el juego deberá convencerme de hacerlo.

—Parece peligroso.

Ahora la voz era chispeante, retadora. Se me ocurrió que parecía agua mineral, de esa que tiene pequeñas esferas de gas explotando en la parte superior del vaso.

—Pues sí. Los juegos entre adultos siempre son peligrosos —me arriesgué a decir—. Pero recuerde: estamos corriendo el mismo riesgo.

—Yo me siento en desventaja, pues al fin y al cabo, usted conoce mejor el juego que yo.

Rubia, boca pequeña, dientes blancos, tez delicada y tersa. No era bonita, era una beldad. La mujer más hermosa que había visto en mis treinta y cinco años.

—Y, ¿qué pasa si el juego se prolonga mucho? De pronto usted me vence por puro cansancio, y no estoy acostumbrada a perder. Menos de esa manera.

Ahora había un poco de temor en su voz.

—Sí, es un riesgo. De cualquier forma, ya solo nos quedan dieciséis minutos. ¿Está lista?

—No, todavía no —parecía ansiosa—. Déjeme pensarlo un poco más; aún no me gusta del todo este asunto y, puesto que el riesgo parece grande, prefiero pensarlo. Dígame, ¿cuántas veces ha jugado antes?

—¡Nunca! Olvidé comentarle otra regla del juego: solo se puede jugar dos veces en toda su vida: una vez si usted no es el iniciador y otra siendo usted quien lo propone. Si rompe esta regla la leyenda dice que tendrá mala suerte y dolor y, hasta ahora, yo no he sido capaz de comprobar su veracidad o falsedad.

¿En qué parte de mi cabeza estaba fabricando esta historia? Nunca antes me había inventado algo tan complicado para poder entablar conversación con alguien. ¿Qué me estaba pasando?

—Entonces ya alguien le propuso el juego a usted —dijo, en tono de pregunta.

—No —me apresuré a decir—. Lo conozco debido a que alguien, a quien aprecio mucho, me contó del juego. Por supuesto no dijo ni una palabra sobre su experiencia pues, como ya le advertí, nadie puede saber los detalles de los juegos.

—Ajá. Y ¿cuál es el juego más largo del que usted ha escuchado?

—Mi amigo me dejó saber de uno que a él le habían referido y que duró ¡dos años!

Varios pasajeros miraron hacia donde estábamos, buscando la fuente de esa risa franca, acariciante. Parecía que el aire que salía de su boca chocaba con agrado contra sus dientes y labios. Envidié a estos últimos. Parecían de dulce. Besarlos sería un verdadero pecado, como el de Eva y Adán en el paraíso, con una ligera variación. ¡Pecaré! —me dije mentalmente.

—Nos quedan como diez minutos —dijo con misterio y un

poco de complicidad.

—Empecemos ya —dije con afán.

—No sé, como ya le dije soy mala perdedora, detesto que me vaya mal en los juegos. Soy muy segura de mí misma y por lo tanto confío más en mi habilidad e inteligencia que en mi suerte, si esa fuera la palabra correcta. ¿Acaso es suerte lo que se necesita para ganar en este juego? Tal vez es mejor cambiar de tema y no continuar.

¿Y ahora, qué hago?, pensé. Ya era tarde para buscar otro tema de conversación. Mi mente se cerró completamente, como cuando en la niñez se me cerraban los caminos y solo me quedaba hacer una rabieta y exigir, a punta de llanto, lo que se me había negado. ¿Hago la rabieta? ¿Me lanzo en ruego melodramático? ¿Insisto? Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. Sospeché que se dibujaban en mi frente como letreros de neón.

—No parece tan segura de sí como dice. Si así fuera no tendría miedo de tomar un riesgo ínfimo.

Lo dije en tono serio, casi sarcástico. ¿De dónde venían esta arrogancia, este exceso de seguridad? Quizá si punzaba su ego la comprometería a reaccionar.

—Usted parece suponer que nunca fui estudiante y que por tanto desconozco esos trucos. Buen intento de su parte. Empezaremos ya. Una última pregunta: ¿quién comienza?

—Lo olvidaba, es necesario echarlo a la suerte. ¿Le parece si lo jugamos a cara o sello?

—Mmm, una moneda al aire. Mi padre siempre decía que eso era definitivo, un sí o no instantáneo. ¡Con cara gano yo! —exclamó.

Con manos temblorosas por la emoción de haber recuperado el rumbo lancé la moneda que ella sacó de su bolso. Tilín. Ese “con cara gano yo”, se repetía en mi cabeza como si estuviera en el valle del eco. Las palabras de

desvanecían y volvían a aparecer repitiendo el último “yo” con perseverancia.

—¿Qué pasó? ¿Vamos a ver el resultado o no? ¿Acaso tiene miedo?

Volví a la realidad y con vergüenza destapé la moneda sobre el dorso de mi mano izquierda.

En los altoparlantes se escuchaba la voz de una azafata: “Señores pasajeros, bienvenidos el aeropuerto... Deben permanecer en sus asientos...”

—Cara —dije con voz entrecortada—.

—Ahora que lo pienso, ¿gané o perdí? ¿Qué significa que gané? ¿Debo escribir la primera línea? ¿O puedo exigir que la escriba usted?

Era algo que no se me había ocurrido. Cualquiera que hubiera sido el resultado la habría dado como ganadora, pues quería ser galante y además siempre pensé que ganar implicaba comenzar. ¡Ella debería escribir la primera frase! ¿Qué podría escribir si mi mente estaba tan afanada y confundida? ¿Cómo podría iniciar este bendito juego que acababa de inventar?

—Es obvio: ganar significa que usted empieza—dije, sin asomo de duda.

—¡Ajá! Empiezo, entonces.

Lo dijo con tono confiado. Ya no había temor, ni misterio, solo competencia. La suerte estaba echada. Ella ya sabía lo que iba a escribir. Y yo seguía sin siquiera imaginar lo que podría contestar.

En su voz había certeza y decisión. Oré: por favor, ¡ilumíname! No me abandones en este momento; prometo que si me ayudas nunca más mentiré, ¡nunca! ¡Te lo prometo!, repetí, sin saber a quién le prometía.

Sus manos blancas, de dedos largos y delicados, eran capaces, seguramente, de prodigar caricias jamás imaginadas. Con mucha suavidad tomó la hoja de papel y la puso frente a ella.

Los motores del avión se apagaron y abrieron la puerta del avión.

Jugueteó unos segundos con el lápiz. Concentró su atención en la hoja en blanco. Me dio una última mirada antes de comenzar a escribir. Con su mano izquierda ocultó a mis ojos lo que escribía. Una frase corta, escrita en trazos grandes. Terminó, dobló el papel con lentitud y lo dejó en sus manos. Debíamos descender del avión. Ya en tierra, caminamos en silencio hacia la salida del pequeño aeropuerto. Justo antes de cruzar la puerta me entregó el papel. Me detuve para recibirlo y acomodar mi maleta de mano. Cuando levanté la vista estaba subiendo a un transporte que la esperaba.

—¡Chao! ¡Me llamo Marcela! —grité, con la esperanza de que me escuchara.

Abrí el papel con cuidado.

Me rindo, tapo, no juego más.

Lo lograste, llámame: 321 432 5432.

Despedida

Fabio Camacho

Siento cosquilleo en mis dedos y rasquiña en un costado, pero la voz me recuerda que no me puedo mover. Encerrada e inmóvil en esta cápsula aséptica, con luces que escudriñan y revelan mis más íntimos tejidos a los médicos, sólo tengo libre mi mente. No sé qué hacer con ella. En un principio se rebela contra la condición exigua de mi cuerpo, pero luego se resigna, agotada, a repasar recuerdos. Como si esta cápsula fuese del tiempo y me transportara a otras épocas, contemplo distante esas memorias; como si no fueran propias sino de otros.

Caigo en un sopor. Cuando despierto, estoy acostada en mi cama. Afuera se cuaja una tormenta. Los relámpagos iluminan mi habitación a foganazos, dando vida intermitente a un vaso de agua sobre la mesa de noche y a ese cuadro insípido que adorna la pared. La lluvia arrecia furiosa y el viento la mece a su antojo. Los truenos rompen el silencio del hospital, acompasados por el tintineo nervioso de la lluvia que cae sobre el tejado del cuarto de máquinas.

Recuerdo aquel otro aguacero torrencial que se desató justo cuando extendíamos la carpa, esa tarde en que habíamos decidido ir de camping a última hora. Queríamos celebrar, de manera distinta, la culminación de los exámenes finales del último año de secundaria, además de tener la oportunidad, quizá la última, de estar todas juntas, solas.

Un río dividía las colinas que se desprendían de la gran cordillera y formaba un angosto valle entre ellas. Escogimos uno de sus recodos para acampar, entre unas piedras gigantes, restos de lejanas batallas volcánicas. En principio, tratamos de escampar bajo la carpa a medio armar, pero se vino abajo. No recuerdo quién, pero una dijo: “¡Dejémonos de vainas! ¿Qué pasa si nos mojamos?”. Se desnudó y echó a correr como loca. Y el resto la seguimos, igual de poseídas.

Como amazonas frenéticas en campaña, subimos y bajamos colinas. Trotamos, cual potras desbocadas, sobre los arroyos recién formados por la escorrentía, salpicando agua por doquier. Desafiamos al dios de los truenos, que nos lanzó una buena cantidad, deseando que uno nos partiera y nos hiciera partícipes de esa orgía cósmica. Ya exhaustas, nos tiramos al suelo, boca arriba, y miramos de frente esas gotas de lluvia que se reventaban contra nosotras como balas líquidas y nos hacían cosquillas. Estallamos en carcajadas, histéricas.

Amanece. Escucho desde mi cama los sonidos que me llegan de la ciudad que despierta allá abajo: el rugido de los carros que aceleran embravecidos cuando las luces de los semáforos cambian a verde; las campanadas tristes de las iglesias que anuncian, con una regularidad pasmosa, el paso del tiempo, y el rumor lejano de los aviones que cruzan soberbios el cielo.

No oigo la letanía de los vendedores ambulantes que ofrecen una variopinta de pescados y frutas frescas; tampoco la campanilla del carro que reparte leche en botellas ni la música que sale a todo taco de los carros que pasan y que se pierde distorsionada por la velocidad; y, mucho menos, el alegato con palabras de alto calibre entre conductores furiosos.

Pero sí hay un ruido que se repite, sin importar la distancia y el tiempo: el martilleo, persistente y continuo, que viene de las edificaciones en proceso de construcción. Parece marcar el tiempo como un metrónomo. A veces es un lamento solitario, otras, una retahíla. Cada golpe de ese sonido seco y metálico me habla del sudor que nos legó el paraíso perdido y, al mismo tiempo, de la ilusión del progreso.

Es de noche, bien tarde. El hospital duerme. Sin que mi enfermero, o cancerbero, se percate, me monto como puedo en la silla de ruedas y echo a rodar por los pasillos, sin rumbo

fijo. Al final del corredor me topo con un ascensor, presiono un botón al azar que me lleva al sótano, directamente a la cocina. En contraste con el resto del hospital, hay allí una actividad febril. Los empleados descargan víveres de un camión y los almacenan en alacenas y congeladores en medio de una sola algarabía. Conversan entre sí en mi lengua nativa, compitiendo con la música que sale de un radio. Predomina el sonido de las trompetas que reverbera multiplicado por las paredes de la cocina y resuena en mi vientre, haciéndolo vibrar como el parche de un tambor.

Siento un hormigueo en la boca del estómago. El mismo que experimenté en mi primera fiesta de quinceañera, cuando Dionisio me llevó al centro de la pista de baile del club. Me enfrenté al acecho de miles de miradas, prefacio de igual número de comentarios soterrados sobre mi facha. Los músicos prestaron su alma a los instrumentos y la música caliente inundó toda la sala. Mi grácil cuerpo se movió por *motu proprio*, para mi sorpresa, en resonancia con la delirante melodía. Cerqué mi mundo a cuatro baldosas y perdí la noción del tiempo. Con mi vestido nuevo de gala ceñido al cuerpo y mi tocado elegante, me sentí como una reina en ciernes próxima a ser coronada.

Vuelvo a escuchar esa música, esta vez desde unos parlantes que parecen respirar al ritmo sincopado de la salsa. Mi cuerpo ya no responde igual a esas notas, pero aún siento ese vértigo agrídulce de joven primeriza.

A mi lado hay otros pacientes que aguardan resignados su turno. Detrás de su mirada perdida hay algo que también los carcome por dentro. Somos solidarios entre nosotros, queremos que los demás reconozcan nuestro dolor, pero no deseamos hablar de él, ni mucho menos escuchar consoladoras frases de cajón.

Cada vez que mi cavernosa mirada se topa con la de la asistente del doctor, me suelta una sonrisa prefabricada; es un acto

reflejo. Le sostengo la mirada por más tiempo, quizá solo por fastidiarla, hasta que me retira la suya, intimidada.

Me llevan a una sala para efectuar un examen. Graban mis entrañas con un sonar. Veo cómo mi corazón se agita, parece un pájaro nervioso. Se contrae y se dilata, haciendo buchecos. Su cadencia me recuerda aquella del trote: un paso tras otro que se repite rítmicamente. Recuerdo cuando corría en el malecón, temprano en la madrugada, justo a la hora del alba. A un lado, las olas reventaban contra las rocas lanzando chispas de agua sobre mí, refrescándome. Del otro, las murallas, acariciadas por la luz de un sol naciente, se revelaban imponentes. Al frente, mis pies zapateaban el andén semioscuro.

La ciudad apenas despertaba de su letargo nocturno. Sin ser atenuados aún por el fragor del día, todos los sonidos me llegaban nítidos: el viento que se abría paso entre las arboledas y edificios; el pito de los centinelas que terminaban su turno; el rumor ronco de los buses que comenzaban su recorrido; el golpe seco de los contenedores al ser descargados por las gigantescas grúas en el puerto...

A veces, en mi ruta de trote, me topaba con prostitutas o borrachos trasnochados, rescoldos de otra noche bohemia que se apagaba. Las meretrices, con sus rostros fatigados y su maquillaje corrido por el trajín de otra jornada de amores fingidos, respondían con un arsenal de improperios a las burlas que les lanzaban desde los carros. Los beodos, con sus ojos enrojecidos y su tufo penetrante, miraban extraviados la calle y soltaban unas frases aisladas, entre certeras y disparatadas.

Mi cuerpo corría por inercia, en virtud de sus perfectos mecanismos. Un hilillo de sudor se deslizaba por mi columna y me producía cierto escalofrío. Me sentía orgullosa de que mi voluntad superara al cansancio. Pero lo mejor era cuando terminaba mi rutina: sin la presión de hacer más ejercicio, y sin la continua sensación de fatiga, mi cuerpo se recuperaba

del cansancio y era colmado por las hormonas que le proporcionaban un merecido bienestar.

La bebida está perfectamente balanceada. La cantidad de espuma del *espresso macchiato* es la justa para atenuar el fuerte sabor a café negro. Lo bebo a sorbos cortos para prolongar el momento. Mi mirada se detiene en el residuo espumoso del fondo de la taza; las burbujitas blancas explotan en silencio.

Apenas si escucho el susurro de las conversaciones de los empleados del hospital que comparten en las otras mesas de la cafetería. Recuerdo el ‘El Destapado’. Mi papá me llevaba allí cuando necesitaba embolarse los zapatos, y de paso tomarse un tinto ‘charladito’ y saludar al abuelo, que allí departía buena parte del tiempo. Yo escuchaba las conversaciones de mi papá con su interlocutor casual, mientras me chupaba los cubitos de azúcar que servían con su tinto.

A veces cerraba los ojos y me divertía escuchando los sonidos: las cafeteras soplaban su vapor como trenes; los pocillos y la loza chocaban entre sí estruendosamente detrás del mostrador; las sillas se levantaban y reacomodaban sin cesar. La registradora se abría y cerraba, tintinando, sin fatiga.

Abría los ojos de nuevo y veía ese circo divertido de pueblo. Los jornaleros negociaban con los hacendados en una esquina. Los vendedores de loterías ofrecían sus largos billetes a los contertulios y recomendaban números de suerte ganadores. Otros señores discutían acaloradamente de política, cuando no se quejaban de los bajos precios del café, de los vendavales o de las largas sequías. Y no pocos, mientras se contaban *a sotto voce* los últimos deslices de ciertas damas, me iniciaron sin querer en la pérvida pero deliciosa práctica del chisme.

Desde este lado del jardín, en el patio de diversión para los infantes enfermos de cáncer, veo una casita hecha para sus juegos: parece de muñecas. No tuve precisamente una de ellas, pero sí algo parecido. Era mi refugio cuando niña. Me gustaba esconderme en su regazo; él me acogía en su interior como si fuese su criatura. Sus ramas llegaban hasta el suelo y me ocultaban por completo. El cafeto parecía una campana, una grande como la de las iglesias, moldeada a partir de una maraña de ramas, con su badajo empotrado en el suelo.

Durante las grandes fiestas que se celebraban en la hacienda, abrumada de tanta familiaridad y de ese circo ambulante de anfitriones e invitados, me escabullía sigilosamente, cruzaba el jardín de rosas de la abuela, me adentraba en el cafetal y me escondía bajo mi venerable robusta. A veces el viento soplaba y las ramas de los guadales siseaban y se mecían, como si fuesen múltiples extremidades de un monstruo antediluviano que se movilizaba en mi protección.

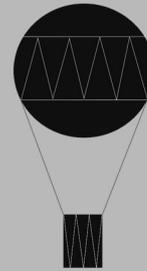
Camino sobre la nieve fresca con mi pisada lenta y liviana. A veces, en lugar de caminar creo que levito, de lo delgada que me siento. Recuerdo ese otro suelo, tapizado con restos de hojas y tallos de plataneras que, tras ofrendar su voluminoso racimo, habían sido cortadas para dar paso a nuevos retoños. Mis pasos se amortiguaban en el lecho poroso, y una retahíla de chasquidos, como coros de quejas, se escuchaba bajo mis pies. Y yo miraba hacia arriba, desde el corazón de ese bosque húmedo de descomunales hierbas, y me recreaba viendo las hojas de plátano que, como los dedos extendidos de una gran mano verde, trataban de tapar la vista de un cielo limpio e inmensurable.

Es ese mismo cielo, pero moteado con copos de nieve suspendidos en el aire, el que ahora veo en otra latitud, a varios años de distancia.

Mi piel arde en fiebre, como sometida a un constante fuego lento: es el rescoldo de un cuerpo que se no resigna.

Un enfermero me recrimina por estar sola en el frío del jardín. Me ofrece una silla de ruedas y me lleva al salón comunal, junto a la chimenea. Desde allí miro el reflejo en el ventanal que da al patio. Unos ojos, escondidos en sus cuencas, me examinan desde él. Su dueña lleva un sombrero de ala ancha. Es blanco como el resto de su vestuario. Usa guantes, y un chal de algodón suave arropa su pecho y tapa su cuello. Tan sólo su rostro, medio oculto bajo la sombra de la pava, es medianamente visible. El resto del cuerpo, menudo y frágil, está cubierto por prendas holgadas. La señora, apoltronada en su silla de ruedas, permanece estática como una momia. Sólo los ojos, dotados de un brillo intenso, delatan algo de vida. No dejan de mirarme fijamente, como lo hacen los niños, sin prevenciones ni malicia, solo observan. Parece que nos conociéramos de siempre.

Sin movernos, nos despedimos.



taller virtual de poesía

Clara Schoenborn

Juego de luces

Sin el sueño, los ojos no verían nada.
Sin la pérdida, las alas nunca se arriesgarían.

No es cierto que las puertas se cierran
o que las ventanas se abren.
Todo en la vida tiene la dimensión del horizonte,
los suaves bordes de lo inabarcable.

Queremos que haya alguna frontera
porque habitamos en cuerpos,
con esa ilusión de sentir un beso
o poder mirar hacia un punto fijo.

Pero son otros los que nos olvidan
otros los que van moviendo los mundos
dentro de los cuales caen gases y aguasal.

Sin el miedo nuestra casa se agrandaría
hasta desaparecer,

se acortaría la distancia hasta llegar a nosotros,
entraríamos al espejo para no ver nada.
Porque los espejos sí saben.

2013

La paz no existe porque no está imaginada.

Nadie ha nacido con los brazos de todos,
con los sueños de todos, con el hambre de todos.
La paz no existe porque la sangre siempre es sangre,
porque nadie ha imaginado una isla o una bendición

La paz no existe porque no está imaginada.

En los árboles y en el mar el hombre apenas crece,
el hombre es vida y muerte sólo para sí mismo.
Al amanecer, de todo lo dicho todo queda olvidado,
en alguna esquina tres mujeres se abrazan
y nadie lucha por imaginar, ni corre ni grita.

La paz no existe porque no está imaginada.

Porque algo debe quedarse siempre
en el fondo de algún peligro, entre los ojos,
algo que ilumine una destrucción conocida,
una larga romería por las gargantas.

¡Que algo deje de llamarse para imaginarlo!

¡Imaginar la paz a mordiscos y perder!

Imaginar y morir y no soportar los finales.
Entrar en una pregunta, devolverse herido.

Imaginar la paz nunca imaginada
para olvidar que la paz no existe.

Eliana Hernández

Interior

esa noche
a media luz
en estas calles que son el mundo
una llama se encendió dentro de mí

fue como si todo un bosque
un bosque completo
ardiera en un segundo
iracundo
en el centro de mi estómago

sus ramas se extendieron
—como solo el fuego puede hacerlo—
hasta tocar como una pluma
el fondo de mi garganta

no he podido olvidar esa llama.

era roja
lo sé porque cerré los ojos
y la vi
porque quedé inmóvil
y apreté mis ojos con fuerza
esa noche

alguna cuerda de un reloj se detuvo

y la llama
quemó mi cuerpo por dentro

era un ardor dulce
sin una sola promesa

cierro mis ojos
y aún hoy puedo verla

Caminos

estoy limpiando todos mis caminos

quizá solo esta manera de ser del agua
pueda limpiar los hoyos más profundos
el pozo verde que ha venido acumulándose
los días que se han vuelto tan sordos

sacudo con fuerza mis caminos

quizá en noches como esta
sea necesario quitar nuestros ropajes
renunciar y mirar juntos
o dejar de mirar
solo salir a la ventana

quizá la sacudida sea necesaria
y la flauta rota necesaria
y esta manera tan oscura de mirar
también lo sea

quizá las sombras en las piedras puedan empezar a hablar
y yo abra mis oídos
y luego de este camino encuentre un lago bello
arroje allí lo que no es mío
e incendie sus aguas.

Erwin Salcedo

El breve tiempo...

Con tres heridas yo.

La de la vida, la de la muerte, la del amor

Miguel Hernández

I

El breve tiempo que nos fue asignado
entre las dos fronteras de la nada
es un destello desprendido
del sueño en donde habitan los sentidos
antes de encender las almas.

II

Llevamos prestado nuestro tiempo
para abrirnos camino entre las sombras
hasta dejarlo en la orilla donde acaba
la ficción de haber sido en un instante,
una hoja, una gota o el ánima
de una canción de enamorado.

III

Las horas se deslizan por el cuerpo
Arando nuestra piel como si fuera
El campo en donde crece con sigilo
La futura cosecha de la muerte
Para que el tiempo pueda renacer

En la sangre de otros cuerpos.

IV

El tiempo es la sustancia que nos trae
de la cantera en donde somos piedra,
metal ,viento y deseos aguardando
a que la piedra sea en nuestros cuerpos
la pequeña luz de la que fuimos hechos.

V

Nuestro tiempo es el encuentro
Entre dos eternidades que se tocan
Mientras sentimos la ilusión de ver
En otros ojos el reflejo de los nuestros
Mirando más allá de los espejos.

VI

El tiempo es la materia que fabrica
El hilo que vamos extendiendo
Para tejer la telaraña en donde anidan
Los sueños antes de volver a la ceniza.

VII

El breve tiempo que nos fue signado
Lleva las tres heridas más amadas
la de la vida, la del amor, la de la muerte.
Cada herida también tiene su tiempo.

Susana María Rico Barrera

La 325

Aquí

las paredes no tienen retratos
sino hendiduras y clavos a medio caer
tan oxidados como el marco de estas ventanas
ciegas en el invierno.

Uno no se queda mucho tiempo, dicen
los habituados a la falta de ausencia
a los que nunca hicieron falta
los recuerdos.

La pared deja caer
trozos de papeles desencajados,
los que en cierto tiempo fueron rostros
para hacer un espacio a mis fotografías.
No quiero acostumbrarme

a estar en un espacio sin memoria.

Víctor Orlando Lancheros

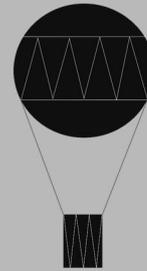
Geometría

Siguiendo
La vertical
De tu
Boca,
Choco
Con
La perpendicular
De tus senos
Y trazando El radio
De cada uno
Descubro
El
A
B
I
S
M
O
De
Tu sexo
Por el que me deslizo
A los soles
De tus
Nalgas.

Carlos Vallejo Moncayo

5

— Anda, niña, aprende a usar el pintalabios;
y ponte lindura en los ojos hasta que
se te embellezca el alma. Observa
de las sirenas y hasta de las hienas
cómo y en qué lugar del trasero se colocan la mano;
y sonríe, sonríe mucho,
pues boca y ojos serán tu bandera:
pon el norte hacia los manjares y bahías
que los viajeros hallarán el sur,
el húmedo sur, cuando apagues la vela.



**taller virtual de cuento
nivel II**

El aprendiz de escritor

Margarita Piedad Gutiérrez

—¡Estoy tramadísimo con la propuesta de la profesora de literatura contemporánea! ¡Tramadísimo! —exclamó Federico.

—¿De qué se trata? —preguntó Jorge con interés.

—Imagínate que toca escribir un cuento a partir de esta imagen: una mujer está desnuda en un sofá y un hombre, de espaldas a ella, mira la lluvia a través de la ventana. ¡Bacanísimo!, ¿no te parece?

Los dos amigos caminaban hacia la estación de Trasmilenio, próxima a la universidad.

—Y, ¿qué has pensado?

—No, pues, hasta ahora estoy imaginando los personajes; todavía no tengo idea de la trama. Pensé que la protagonista tenía que ser una nena despampanante (rubia, de ojos verdes, alta, tipo actriz de telenovela), pero luego la idea me pareció muy lugar común. Como ya te he contado, prefiero mirar la realidad y escribir a partir de ésta.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

En ese momento, Federico y Jorge arribaron a la estación.

—Pues estoy pensando en las nenas que conozco, a ver cuál me cuadra mejor. ¿Para dónde vas? ¿Cuál bus te sirve?

—Voy a casa de mi novia. Me toca el G5.

—Listo. Nos vemos mañana y te comentaré quién es la protagonista de mi cuento.

El resto de la tarde y hasta bien entrada la noche, Federico se dedicó a analizar las jóvenes que conocía: recordó su apariencia física, su personalidad, sus actitudes. Finalmente se decidió por Catherine, una compañera de la carrera; chica corriente, pero con cierto encanto. Recordó su andar lento —como si escuchara el compás de una música muy suave— balanceando su larga cabellera azabache. La evocó en clase: sus ojos rasgados tenían una expresión tímida, sonreía levemente, saludaba y seguía su camino. Se le ocurrió que Valentina era un nombre común entre las chicas de su edad y eso le gustó. Deseaba que los lectores se identificaran con la protagonista. «Ahora hay que inventarle una historia de vida. Voy a mezclar lo que sé de Catherine con otros datos, producto de mi imaginación», se dijo a sí mismo, al despertar al día siguiente, después de haber soñado toda la noche con Valentina.

Más adelante la cabeza del joven escritor empezó a girar en torno al otro personaje: el hombre que mira la lluvia a través de la ventana. Le costaba imaginarlo. Dudaba entre seleccionar a algún conocido o pensar en él mismo como protagonista.

Cuando se encontró con Jorge, esa tarde, se fueron a tomar un tinto a la cafetería de la facultad de psicología. Lleno de entusiasmo, Federico le contó las ideas que tenía respecto a Valentina. De pronto sintió la mirada de un hombre que estaba con varias chicas, dos o tres mesas hacia su izquierda. Llevado por la curiosidad, le preguntó a Jorge si lo conocía. Su amigo le informó que estudiaba psicología y tenía fama de gay. De inmediato, Federico sintió que este individuo era su personaje. Durante los días siguientes empezó a frecuentar esa cafetería y a analizarlo con más detalle. Se ingenió la manera de hacerse amigo de una de las jóvenes que generalmente lo acompañaban y a través de ella se enteró de algunos datos de él; con estos y otros, que inventó por su cuenta, le escribió una biografía. Lo llamó Cristian.

Transcurrieron algunos días y de nuevo se presentó la oportunidad de retomar el tema con Jorge:

—¿Cómo va tu cuento, Feder? —preguntó el amigo con vivo interés, pues le encantaba la literatura, aunque su carrera era filosofía.

—¡Súper! Imagínate que ya tengo el argumento: Valentina y Cristian se conocen en la universidad. Una amiga común los presenta. Se trata de una nena que llegó un año antes a la universidad, a la carrera de psicología, y por eso conoce a Cristian, pero luego se traslada a literatura, razón por la que empieza a estudiar con Valentina. A partir de ahí, los dos se involucran durante varios meses. Se encuentran en la casa de la amiga o en la universidad y mantienen charlas ocasionales. Desde el comienzo ella se siente atraída por él, porque es un hombre bien parecido y ya casi profesional. Después, Cristian la invita a salir, pero siempre en plan de amigos, pues él en realidad no está interesado en una relación heterosexual, sino en una amistad y eso es lo que surge entre los dos, pero inconscientemente ella se enamora y empieza a acariciar la fantasía de lograr su amor. Valentina piensa que parecen novios: se ven todos los fines de semana, se acompañan a las reuniones sociales, comparten conciertos, películas y paseos. ¿Qué opinas? —preguntó ansioso Federico.

—Pues suena bien: tono realista. Interesante... Pero, ¿cómo vas a llegar a la escena del empelote?

—Aún no lo sé, pero estoy seguro que surgirá de manera natural. ¿Te cuento una cosa? Cada vez estoy más tramado con la historia: no puedo dejar de pensar en Valentina y Cristian, me parece verlos en todas partes. Cuando estoy en clase, mientras estudio o leo, cuando viajo en Trasmilenio, mientras me baño y sobre todo en mis sueños, ellos aparecen y su historia se va entretejiendo... Ya llegaré a ese momento.

—Bueno, me cuentas. ¡Fresco, que la vaina va bien!

Estas palabras de su amigo motivaron al aprendiz de escritor a entregarse con mayor energía a la tarea de imaginar su cuento, de percibir en cada chica que se le acercaba rasgos de Valentina. Igual le ocurría con Cristian: cada vez lo sentía más cercano. Incluso imaginó el olor de los dos: el aroma de

Valentina era suave, sensual... Cristian olía a loción cara y ostentosa. Tomaba notas de sus ideas en una servilleta o en cualquier papel que tuviera a mano.

Tras diseñar la trama de la historia, Federico invitó una noche a su casa a Jorge. Después de varias cervezas, el aprendiz de escritor, lleno de euforia, le dijo a su amigo:

—Jorge: quiero contarte cómo va la historia de Valentina. Cada vez más enamorada de Cristian, su corazón se ha llenado de expectativas. Comienza a esperar el momento de un beso, de una caricia, de una declaración de amor... Pero el tiempo pasa sin que nada ocurra. Decide enfrentar la situación y una tarde que está sola en su casa, invita a Cristian a ver una película. Deja la puerta entreabierta, pone música romántica y lo espera desnuda en el sofá de la sala. La sorpresa de Cristian no tiene límites. No sabe cómo reaccionar. No quiere herir el orgullo de ella, ni destruir la amistad ni contarle su verdadera vida. Intenta escapar de la situación mirando la lluvia... por la ventana.

Federico se interrumpió al observar cierto escepticismo en los ojos de su amigo; éste aprovechó la oportunidad para cuestionarlo francamente y con voz un poco alterada por el alcohol, le dijo:

—Hermano, la verdad no me parece verosímil que una nena, tímida como tu Valentina, se le empelote a un man, cuando simplemente son amigos...

Federico resintió la crítica de Jorge y de momento no supo qué responder. Sentía que las ideas no fluían, que el espacio se distorsionaba, los muebles y los objetos que lo rodeaban se alargaban y parecían danzar a su alrededor... De pronto escuchó un susurro a sus espaldas. Se volteó para investigar y entonces vio a la mujer desnuda en el sofá y al hombre que miraba la lluvia, por la ventana. Aterrado le dijo a su amigo:

—¡Mira! ¡Allí están!

—¿Están? ¿Quiénes?

—Mis personajes: Valentina y Cristian.

—¿Qué te pasa, Feder? ¿Estás loco? ¿Estás bromeando?

En ese momento, Federico observó que Valentina se incorporó un poco, lo miró fijamente y le increpó:

—¿Quién es ese man? ¿Por qué le cuentas mi historia?

El reproche de la joven aturdió al aprendiz de escritor. Por un momento quedó paralizado. Luego, sobreponiéndose a su asombro, le dijo a su amigo, en voz baja:

—¿Oíste lo que me acaba de decir?

—¿Quién? ¿A quién te refieres, Feder?

—¡Pues a Valentina, hombre! Me acaba de preguntar quién eres tú y por qué te cuento su historia.

Jorge, también en voz baja, le respondió:

—Dile que yo soy el lector de su historia.

Para Federico los ojos de la joven seguían clavados en los suyos, a la expectativa; entonces, experimentó la magia: sus personajes eran seres reales, estaban ahí, frente a él y a Jorge. Valentina esperaba su respuesta. La idea de su amigo era buena.

—Es el lector de tu historia —le dijo.

—¿El lector de mi historia? Le escuché decir que no le parecía mi conducta. ¿A cuento de qué se mete en mi vida?

—Bueno, pues... es que son los lectores quienes finalmente avalan el trabajo del escritor.

—Eso no me interesa, y menos en este instante decisivo entre Cristian y yo. ¿No comprendes lo que está en juego? ¿Viviremos un gran amor o todo va a terminar? ¿Qué destino vas a definir?

Un silencio incómodo flotó en el ambiente. Los ojos de Valentina centellearon de furia. El escritor la miraba atónito. Finalmente Jorge se atrevió a romper el silencio y le dijo a Federico:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué pones esa cara?

—¿No escuchas? Valentina está molesta por tu juicio sobre ella.

—Lo siento. Lamento que le moleste —respondió Jorge, decidido a seguirle la cuerda a Federico—. Pero insisto en que no es verosímil que una nena tímida se le desnude a un amigo...

Federico volvió su rostro hacia Valentina para ver su reacción. Ella respondió:

—¿Qué sabe “el lector” de mi mundo interior, de mis fantasías?

—Solo lo que le he contado. Se basa en una descripción que le hice de ti.

—Pues será mejor que le des más pistas para que pueda comprenderme y no se alarme ante esta situación. Por ahora lo mejor que puedes hacer es decirle que se vaya, que nos deje a los tres —y señaló a Cristian, empecinado en mirar la lluvia por la ventana— resolver el conflicto que tenemos.

—No, Valentina. Lo siento, pero yo no puedo echar de mi casa a mi mejor amigo.

—Bueno. ¡Haz lo que quieras, pero escúchame! Yo necesito saber qué siente Cristian por mí, qué va a pasar entre nosotros; por eso me arriesgué a desnudarme... a demostrarle mis verdaderos sentimientos. Tú si me comprendes, ¿verdad?

—Sí, claro. Yo te entiendo.... —respondió tímidamente Federico.

—¿Qué va a pasar ahora? ¡Dímelo! ¿Qué has imaginado

para nosotros?

Federico volvió a quedar mudo, pero ya no buscó el apoyo de su amigo, que se estaba quedando dormido en el sillón, sino que asumió el papel que le correspondía como escritor y de una manera muy suave, casi como un padre o un hermano mayor, le dijo a Valentina:

—Observa a Cristian. ¡Ni siquiera se atreve a mirarte! Le estás generando un gran conflicto.

—Pero, ¿por qué?

—Tu amor hacia él te ha cegado. Te impide percibir sus ademanes, su voz, su compañía...

—¿Qué quieres decir con eso? No. ¿No quiero que me digas nada! Ahora soy yo quien va a definir el curso de esta historia.

En seguida, ignorando la presencia del escritor y del lector, Valentina se levantó del sofá y, completamente desnuda como estaba, se acercó a Cristian.

—No entiendo tu reacción; yo sólo quería expresarte sin palabras mis sentimientos —le dijo—. Tal vez no te gusto, mientras que tú me fascinas. Quizás no soy tu tipo de mujer; no te resulto atractiva...

Cristian, girando su rostro hacia la muchacha, le respondió con voz angustiada:

—No, no se trata de eso....

—¿Entonces? Yo pensé que también sin palabras me ibas a manifestar que te gusto como mujer... porque si no es así, ¿a cuento de qué andamos tanto tiempo juntos y compartimos tantas cosas?

—Vístete. Tu familia puede llegar en cualquier momento...

—No, no te preocupes. Me aseguré de eso y por lo mismo

me atreví a esperarte de esta forma. Es que ya no soporto más ser tu amiga. Estoy enamorada de ti, quiero otro lugar en tu vida.

Cristian miró de nuevo la lluvia, sin responder nada. Federico, que no había perdido una palabra de la escena, comprendió que no quería herirla, pero tampoco contarle su secreto. Cristian, sin decir nada más, se dirigió hacia la puerta.

Valentina intentó cortarle el paso con su cuerpo desnudo y, sobre todo, con sus súplicas. Cristian se limitó a apartarla suavemente y huir apresurado.

Llorando, Valentina comenzó a vestirse. Luego corrió hacia Federico y le suplicó que no permitiera que Cristian la abandonara, que al menos le permitiera continuar con su amistad. El aprendiz de escritor la abrazó, se sentó con ella en el sofá y trató de calmarla. Seguro Cristian valoraría su amistad y pasaría por alto lo ocurrido aquella tarde lluviosa. Lentamente, las palabras de Federico lograron el efecto deseado y Valentina se fue tranquilizando hasta dormirse junto a él, en medio de sollozos.

A la mañana siguiente, la madre encontró a Federico en el sofá, durmiendo con los brazos sobre el pecho como si abrazara algo o a alguien. Su amigo Jorge dormía profundamente en el sillón de enfrente.

Sopa de manos

María Victoria Acevedo

María Nevis llegó a la casa con dos maletas desvencijadas, una caja amarrada con pita y un olor penetrante a camarón. Se la había pasado descascarando y desvenando esos animalitos en la empresa del tío Reynaldo y, según decían los grandes, era una de sus consentidas. A mí no me gustaba que nos la hubieran endosado porque prefería a July Denis: ella se paseaba con sus tetas bailarinas por la casa mientras, a punta de trapo, conjuraba todos nuestros males. Desafortunadamente la habían echado cuando descubrieron al bobo de mi hermano haciendo maromas en su cuarto. Solo así fue posible que Nevis se instalara en la casa. La necesidad tiene cara de perro y mi mamá necesitaba una mujer grande y atemorizante que nos controlara.

A la casa siempre terminaban por llegar todos los proyectos fallidos del tío Rey: desde maquinaria hasta pulpa de fruta se ponían a la venta en el local de papá. Su último invento era el chicharrón de pescado y camarón que definitivamente desplazaría de plazas y carnicerías las pieles fofas de cerdos de dudosa procedencia. Lo malo de esta nueva empresa era que no venía sola, sino que traía como oferta máxima a una negra gigante que podría estar en cualquier circo o al menos eso decía la abuela cuando la vio y nos recordó que esas mujeres eran todas mañosas y mal habladas. A mí no me pareció que fuera tan horrible, pero no quería aguantarme las risas de todos diciéndome que me había gustado un cocodrilo.

Bernardo no pudo ocultar su desagrado y se encerró toda la tarde a golpear el techo con un balón. Decía que ese golpe daba exactamente en el piso de Nevis, que como se veía que era bien boba, iba a terminar entendiendo que no era bienvenida. La táctica no le resultó y al contrario logró que la mujer intentara abrazarlo con un gesto maternal. Eso realmente lo enfureció, pues él se creía marcado por el destino, y se la pasaba haciéndonos fieros con lo que había

pasado con July Denis. Él, con 13 años, ya era un hombre y no iba a permitir que María Nevis se apoderara del puesto de su amorcito.

Para aburrir a la negra se empezó a portar como un marrano y hacía todo tipo de ruidos cuando ella pasaba. María Nevis saludaba al “señorito” y lo halagaba con una frase dulce, mientras disponía los platos para la cena de los niños, que comíamos en la mesa auxiliar.

—Si ves lo bruta, es que ni entiende.

—Qué va, es que debe tener orejas de pescado.

—Sí, por eso huele tan feo, porque es un bagre.

—Echate limón, o bicarbonato en las axilas, andate.

Mis hermanos se complacían en insultarla mientras yo me empezaba a deleitar con esas nalgas succulentas, como su comida.

Lo peor fue cuando Bernardo entrenó a Benjamín para que le cantara todas noches en la ventana: *Negra color de peo que venga el diablo y le meta el deo*. Ellos se orinaban de la risa con la complicidad de la abuela y yo sufría viendo como el menor de la familia hacía un curso acelerado de racismo, alentado por las tías y toda la parentela de viejas gordas y lechosas que se empeñaban en hacerle creer que él era un niño Dios, porque tenía bucles rubios y los ojos iguales a los del gato siamés de la vecina.

Como los niñitos se creían arios, les dio por no comer: decían que esa negra era cochina y era bruja porque cantaba en la lengua de los diablos mientras se bañaba. Cabe decir que los sucios eran ellos que se la pasaban espiándola mientras se vestía, se duchaba y hasta cuando iba a hacer pipí. Yo los veía parcelándole imaginariamente la rabadilla. Ahí si no les parecía fea, como tampoco les parecía fea cuando se agachaba a recoger cilantro en el jardín y sacudía sus melones cafés.

El veinticuatro de noviembre era el cumpleaños de la abuela y mi mamá decidió hacerle una fiesta para animarla, hacía mucho que no se le celebraba nada porque la artritis la mantenía encerrada en su habitación. Ese día vendrían las tías y a mi negrita se le encomendó la elaboración de una sopa levantamuertos. Ella se encerró en la cocina y Benjamín se encaramó como pudo a observarla. De un momento a otro empezó a gritar. De un solo brinco aterrizó en el zaguán.

—La negra está picando todo en las manos.

—Se pasa el cuchillo por las palmas y se saca una carne blandita y sangrienta.

— Los trozos brincan a la sopa y se vuelven negros como el cuero de Nevis.

— ¡Ah, la bruja se está vengando de nosotros y está haciendo sopa de manos!

—¡Sus palmas descoloridas son la prueba de que digo la verdad!

— Es que es mágica, no sangra.

— Tal vez es que nos quiere de verdad.

A Bernardo y a mí todo ese cuento nos divirtió mucho y preferimos dejar al más desteñido de la familia llorando y comiendo mocos en su cuarto, engañado con su propio cuento. Benjamín se pasó dos horas berreando como una Magdalena, salió al rato aporreando todas las puertas que se encontró a su paso, pero ni por esas pudo evitar que la casa de paredes blancas se llenara de un aroma espeso, oscuro como el caldo de manos que se cocía en el fogón. El aire mentolado y frío que había dejado el traperero de Nevis en cada rincón se había diluido con el olor que despedía su cuerpo cuando picaba la cebolla.

El divino niño no pudo con ese olor y le pidió a Nevis que le sirviera una taza gigante de sopa antes de que llegaran los comensales. Con los ojos hinchados y la cara de tomate

apenas se limpió la nariz con el orillo del saco, mientras miraba a la negra con ojos de amor. Nosotros nos sentamos en frente a ver si era capaz de comer.

—Esa negra es una diabla.

—Esa negra sabe de aguas, vaya uno a saber.

—Esa negra deliciosa de todos se deja querer.

El pelao se devoró la sopa como si se estuviera comiendo a la mismísima negra y con voz de hombre me dijo que Nevis estaba muy rica. Se lamió los dedos para no desperdiciar el poquito de caldo que se le había regado en las manos y hundió su lengua en el fondo del plato. Bernardo y yo sabíamos que la sopa era de pajarilla pero yo era el único que podía dar fe que Benjamín tenía razón: esas manos eran prodigiosas y esa negrita sí que tenía sabor...



taller virtual de crónica

El silencio de las campanas

Mauricio Suárez León

A este Papá Noel le robaron una campana. No sabe cuándo sucedió, pero todavía le brillan los ojos de dolor al recordar que debió ser una madrugada de un mes que pudo ser cualquiera. Si hubiera sido en Semana Santa o en Navidad a lo mejor se acordaría. Tampoco sabe para qué se la robaron.

—Algún día se encontrará en una finca —dice con su boca casi invisible entre las nubes de su barba.

Le entrega un dulce a un niño que viene vestido de vaquero, sonríe para una foto que toma la mamá del niño con la cámara del celular, y vuelve a su cara de seriedad para afirmar que siempre sospechó que la policía fuera cómplice del robo.

La iglesia de Santa Bárbara fue construida para agradecerle a la “Abogada de las tormentas, las tempestades, los truenos y la buena muerte”, su primer milagro en la recién fundada ciudad de Santafé de Bogotá. Cuentan que en el año de 1565 un rayo cayó sobre la estancia de don Lope de Céspedes y su mujer doña Ana de Vázquez. La pareja y su prole se salvaron y sólo pereció en el suceso una esclava negra de nombre Cornelia. No se sabe si por su raza, por su condición de esclava, o porque su nombre evocaba apenas a una mártir desconocida, la víctima no fue considerada en el homenaje. En cambio, como agradecimiento a la intercesión de su salvadora, estos buenos cristianos decidieron echar al suelo las paredes chamuscadas de su casa y levantar el templo que permanece en el mismo lugar, a pesar del paso de los siglos.

A diferencia de otras iglesias, la de Santa Bárbara contaba con un campanario construido sobre un terreno plano aledaño a la iglesia, y allí se habían instalado en el siglo XIX las campanas que habían sido fundidas en tiempos coloniales,

como podía comprobarse en la fecha que dejaron inscrita los encargados de su fundición. Esa fecha, así como el origen de las campanas, hacen parte de esos recuerdos refundidos en la memoria del padre Cesar Corrales, quien fuera su párroco entre 1997 y 2003.

Vestido de papá Noel para una celebración de Halloween con los niños de su actual parroquia, el padre Corrales intenta recordar algunos de los detalles de aquel campanario que tuvo, como los otros de las iglesias del centro de la ciudad, la función de regulador del tiempo y de señal sonora para recordarles los deberes, divinos y humanos, a los habitantes de la antigua capital.

El campanario de la iglesia de Santa Bárbara, -la de los pobres, la del centro, porque la de Usaquén es la de los ricos-, como dice jocosamente su actual párroco, había sido baleado durante las revueltas que siguieron al nueve de abril. Los vecinos cuentan que la policía -y hasta algunos curas simpatizantes del gobierno conservador- habrían utilizado su altura para atrincherarse como francotiradores y disparar contra la turba que se dirigía por la carrera séptima, desde la plaza de Bolívar hacia el sur.

—El ejército llegó con tanques para desalojar el campanario dos días después —dice el padre Corrales, al tiempo que bendice a otro niño disfrazado, con una mano blanca, casi sobrenatural, que recuerda a la del papa.

Los tiros de cañón empleados para desalojar a los francotiradores obligaron la demolición de la torre del campanario. Las campanas baleadas fueron retiradas y sólo se conservaron dos campanas grandes colocadas al costado sur de la iglesia, en una espadaña construida años más tarde. Una de esas campanas todavía existe, la otra fue la que se robaron.

Para sustraer la campana fue necesario trepar el muro de la iglesia, poner un andamio o utilizar una escalera y subir mínimo dos hombres fornidos para bajarla. El hurto se hizo desde un lote pegado a la iglesia, que sólo era visible por los

policías que estaban de turno en la estación que queda justo enfrente. Hubo guardias durante toda la noche. El robo tuvo que ocurrir entre las dos y las tres de la mañana, cuando el silencio era lo único que rondaba por la calle. Por la mañana, cuando el padre Corrales descubrió el robo y fue a poner el denuncia, la policía no parecía muy interesada en indagar sobre los hechos. Allí termina para Papá Noel su cuento, pero en ese mismo punto comienza el misterio de la justicia divina.

El vicario de la zona, su superior, consideró que era el colmo del descuido que se hubiera dejado robar la campana. Al poco tiempo el padre Corrales fue trasladado de parroquia, y el mismo vicario que lo había juzgado sin piedad, como juzgan los hombres, es quien viene a reemplazarlo. Pero como Dios no castiga ni con palo ni con rejo, el vicario también es víctima de los delincuentes y le roban una reja de la iglesia.

—Mi Dios es grande —dice el padre Castillo al recordar ese acto de justicia divina. Yo le dije al vicario: entonces la reja se perdió también por descuido suyo. El sacristán, que hasta entonces había escuchado el relato barriendo silencioso los restos que la fiesta infantil ha dejado en las lozas de la iglesia, ahora parece sonreír.

El tañido de las campanas durante siglos estuvo asociado a la necesidad humana de medir el tiempo. Por lo general, el campanario indicaba a la gente la mañana, el medio día y la tarde, que eran los momentos no sólo correspondientes a la jornada diaria, sino que también estipulaban el tiempo para las plegarias. Cuentan los viejos habitantes de la ciudad que los “cachacos”, los de reloj de bolsillo con cadena, cuadraban la hora con precisión cuando las escuchaban sonar. Las beatas corrían a las iglesias. Los tiempos han cambiado.

La función de campanero era cumplida en las iglesias por un sacristán, que en el caso de la iglesia de Santa Bárbara, cuando el robo del campanario, se llamaba Luis Forigua. El padre Corrales lo recuerda porque conocía el “toque de ánimas”. Nadie da razón de él, parece que se pensionó de sacristán y ahora vive en otro barrio. El sacristán que ahora

acompaña al padre Corrales tiene el aspecto de un joven seminarista. Interrumpe con discreción para recordarle que debe ir a cambiarse porque vienen a recogerlo para llevarlo a una cena.

Papá Noel debe dejar su traje guardado hasta la fiesta de Navidad. Camina unos pasos hasta la casa cural, mientras habla de las campanas de su actual iglesia: son pequeñas pero todavía se hacen sonar antes de la misa. En su nueva parroquia también tiene una colección de pinturas bizantinas que lo llenan de orgullo. Saca un manojito de llaves y abre una puerta de hierro. Sale a recibirlo un perro chow chow de nombre Gengis Kahn. Con ese temible mongol, los ladrones probablemente no se atreven a entrar.

Desde la colonia, el lenguaje utilizado para convocar a los fieles fue aquél tañido que representaba la voz del llamado de Dios a su rebaño. Los toques de campanas más comunes eran el “primero” y el “segundo”, que eran los dos de aviso para las misas, y el “deje” que se hacía sonar cuando ya comenzaba la eucaristía, según cuenta un antiguo campanero. Hoy en día, con la desaparición de los campanarios y del oficio de campanero, (quizás también de los rebaños y la aparición de otros pastores) parece haberse perdido el toque tradicional de campanas, la técnica de halar el lazo, que llegó a conocer más de doscientas variaciones, y en su lugar muchas iglesias bogotanas prefieren utilizar ahora “grabaciones de carrillón” compradas, tal vez, en San Victorino.

Como Dios se esconde detrás de los detalles, según dijo un francés, podemos sospechar su presencia en la ironía de que un campanero, para la gente de nuestros días, no sea más que el encargado de anunciar a las bandas de ladrones la llegada de la policía. Pero si queremos una prueba rotunda de su existencia, su sonrisa aparece aún más plena frente a la coincidencia de que la Parroquia Santa Bárbara Centro sea ahora la parroquia de la Pastoral Penitenciaria Católica y del Instituto Nacional Penitenciario y carcelario INPEC.



taller virtual de cuento nivel I

Ambición

Miriam Frontalini

—Está muerto —dije, pálido al comprobar que no tenía pulso. Medio minuto atrás la conversación había sido bastante animada en el vagón del tren que nos conducía a Londres. Ahora, totalmente desesperado, Stephen Baldwin corría hacia su entrañable amigo para comprobar por sus propios medios lo inevitable. Phillip había caído sin más sobre el regazo de Giselle y luego al piso, provocando que esta diera un grito aterrador. Inmediatamente, me ofrecí para llamar al oficial del tren, pero una mano me detuvo.

—Usted no va a ningún lado —dijo Stephen y nos quedamos mirándonos por unos segundos hasta que el oficial apareció a motu proprio. Al parecer los gritos habían sido escuchados. Jalé mi brazo para soltarme y dejé lugar para que se viera el cadáver.

—¿Qué pasó aquí? ¿Qué es esto?

El oficial Thompson (así se presentó), comenzó a preguntar. La primera que contestó fue la dama.

—No entiendo, él estaba hablando y luego, luego...

No pudo terminar, el llanto tomó el lugar de las palabras.

—Mi nombre es Stephen Baldwin. Soy amigo íntimo del señor y la señora Birdwhistle —dijo, mientras señalaba a Giselle y al muerto—. Vamos camino a Londres junto al señor Jhon Taylor, abogado de la familia.

A claras señas el oficial no estaba acostumbrado a este tipo de situaciones, inmediatamente salió prometiendo volver con un médico, dejando el vagón cerrado. Al regresar lo acompañaba un irlandés de clásico pelo rojizo, con

un maletín, que se arrodilló para revisar el cuerpo. Ella continuaba llorando mares, escondida entre los brazos de su amigo que, de espaldas, intentaba taparle la realidad para consolarla.

Me acerqué al policía para comentarle que probablemente había sido un problema cardíaco, aunque no recordaba que Philip los tuviera. Creo que todos hubiésemos acordado con esa explicación de no ser porque, apenas comencé a charlar con Thompson, el doctor cayó fulminado sobre el cuerpo de mi cliente. El sonido nos hizo reaccionar a todos, pero fue Stephen el que corrió para dar vuelta al nuevo cadáver. La palabra homicidio había quedado flotando sobre la escena.

El policía sacó de un empujón al hombre para revisarlo. Se paró, miró las ventanas cerradas del vagón, las puertas que él mismo había trabado, los techos y paredes sin signos de haber sido perpetrados de manera alguna. El tren estaba en marcha. El asesino solo podía ser uno de nosotros. Stephen comenzó a caminar nervioso de un lado para otro. Giselle había caído de rodillas y lloraba en silencio, tapándose la cara con las manos.

—¿Quiénes son en realidad? ¡Van a hablar ya mismo! —vociferó el oficial—. Usted primero —dijo, señalándome.

—No puedo decirle mucho más de lo evidente —respondí, confundido por la situación—. El señor ya hizo las presentaciones y son ciertas —le extendí una de mis tarjetas—. Mis clientes acaban de contraer matrimonio y el señor Philip compró para su mujer una casa en las afueras de Londres. Hacia allá nos dirigíamos para ultimar detalles. No entiendo más que eso —concluí.

—Y usted, ¿qué tiene que ver en todo este asunto? —le preguntó a Baldwin, que no dejaba de caminar y refregarse las manos. Claramente la situación lo había puesto muy nervioso.

—Yo... Yo... Yo... —Baldwin balbuceaba mientras se acercaba con expresión desencajada—. Yo solo... esto no...

No pudo terminar la frase porque cayó de repente, falto de vida, sobre el oficial.

—¡Nooo! ¡Stephen! —gritó Giselle desde donde estaba, corriendo para tomar el cuerpo que se escurría entre los brazos de Thompson.

Sin importarle nuestra presencia, comenzó a besar frenéticamente los labios de la nueva víctima hasta que, al parecer, el sufrimiento fue demasiado y se desmayó.

El oficial no quiso correr más riesgos. Nos esposó a ambos en distintos lugares y así permanecimos hasta llegar a Londres. Varios policías entraron al vagón a buscarnos. Cuando ella reaccionó y vio semejante despliegue de uniformados, entendió que estaba perdida. Me miró con furia y, soltándose de los brazos de dos agentes que la llevaban, intentó golpearme. Nunca llegó a la estación de policía. En el camino cayó sin vida como los demás.

Dar mi testimonio fue un largo calvario. Encontraron que la señora Birdwhistle se había suicidado utilizando un dardo. Al parecer tenía otro en su bolso, y había dos más en los bolsillos del señor Baldwin.

Reconocí los dardos de inmediato.

—Tal vez intentó tirarme con eso cuando vino hacia mí —insinué, y presenté mi versión de los hechos:

»Hace unos años fuimos con mi cliente a realizar tratados comerciales en Colombia. Allí llamó nuestra atención una costumbre de los pueblos originarios de la zona. Hay en sus selvas una extraña ranita de color amarillo-dorado a la que los indios Emberá estiran sobre el fuego para que exude una especie de veneno letal. Con ese veneno untan los dardos. Dicen que una rana tiene el poder suficiente para matar, en el acto, diez seres humanos. Mi cliente, un hombre de dinero, amante de lo raro, compró algunos.

»No hace falta decir que el dinero puede mover las peores

intenciones. El mismo agente Thompson vio cómo ella besaba al señor Baldwin. De seguro eran amantes y habían planeado matar a Phillip para heredar su fortuna. Pero cometieron el error de apresurarse y matar al doctor; luego al parecer ella se puso nerviosa y, temiendo que él la traicionara mientras nos interrogaban, cometió un nuevo crimen. A juzgar por cómo se dieron los hechos es obvio que, cuando uno lanzaba un dardo, el otro corría a sacarlo sin que nadie lo notara.

Mi perorata cerró el círculo de las dudas. El oficial del tren confirmó mis palabras, todo encajaba, había sido un crimen por ambición desmedida.

Luego de tomar un café con Thompson y de acordar las cosas terribles que las parejas jóvenes hacen por el dinero, me dirigí a la casa que el señor Birdwhistle había comprado para su mujer y que ahora, al no tener herederos, quedaba bajo mi poder.

Lo primero que hice, luego de encender la chimenea del estudio, fue extraer de un dobladillo de mi sacón un extraño dardo, ya sin veneno, para guardarlo en la cajita de oro con forma de rana que el mismo Phillip me había regalado. Adentro quedaban solo dos y una nota irónica que rezaba: “Pero no mates a nadie, ¿eh?”

Roma

Lucas Vargas Sierra

Mi nombre es César Vallejo (como el poeta) y me acerco a los veintiocho años. Desde que tengo memoria he vivido en esta casa (inútil precisar calle y número luego de saber lo que sé), herencia de mis bisabuelos, junto a mi mamá, mi tío, y mi hermana. Escribo esto en pleno uso de mis facultades, sin estar bajo la influencia de ningún estimulante. Tampoco me obliga nadie, ni me motivan sentimientos fuertes y espontáneos: de la calma que me envuelve da testimonio el trazo firme y parejo con el que doy forma a estas letras.

Que se sepa entonces, que hice lo que hice luego de una profunda reflexión; que mis actos, aunque a primera vista no lo aparenten, son fruto de una mente racional en óptimo funcionamiento; que en el fondo de lo que puede dibujarse como barbarie, no hay más que la plena convicción de que actúo defendiendo los más altos ideales a los que puede aspirar un hombre: dignidad y libertad.

Nunca hubo en la casa un televisor ni un radio, no logro recordar que hayamos recibido una sola visita. La soledad fue la espina dorsal de mi niñez, y fue en su base donde se levantó el edificio de mi carácter (tímido, contemplativo, soñador) y el de mi hermana, a quien he querido siempre pese a la escasa diferencia de edad y la similitud de nuestros temperamentos. Esto último pudo favorecer la convivencia, pues al corazón de los solitarios no le incomodan las soledades ajenas ni la mímica de compartirlas. Crecimos, pues, alejados del mundo más allá de la doble puerta cancel.

Madre fue siempre una sombra blanca de nervios frágiles. El ruido de una cuchara al golpear el suelo palidecía su piel, y hubo días en que el canto agorero de una lechuza en el patio trasero bastaba para confinarla en su habitación. Entonces, tío -invisible siempre que ella estaba bien- se hacía

cargo de nosotros, y todo cobraba sustancia, al menos por unas horas. Hablaba en voz alta, reía; fue él quien me enseñó a leer (supongo que hizo lo mismo con mi hermana años antes). En ese tiempo pasamos horas y horas encerrados en la pequeña biblioteca, ojeando libros amarillentos con cuentos clásicos infantiles, olvidados por entero de mamá o de mi hermana. Era feliz, brevemente; al final madre se levantaba y todo volvía a su ritmo de silencios. Aprendí a escabullirme en la fantasía. Aprendí a no compartir con mi hermana mis lecturas, para evitar riñas innecesarias. Ella prefería sentarse horas y horas frente a las flores, quitándole los pétalos a alguna, de vez en cuando.

Una mente menos fuerte que la que parece habitar en nuestros genes no podría haber sobrevivido a tal infancia, o, de hacerlo, seguro fuera convertida en un engranaje de supervivencia como el de los animales, sin noción del placer, la imaginación o la belleza. No fue nuestro caso, a medida que pasaron los años se nos asignaron tareas domésticas precisas: había que lavar los patios y los baños, regar las plantas en sus macetas, girar los colchones, organizar la cocina, fregar los rincones, destruir cada mañana las telas de araña que la noche había depositado en el techo... Mi hermana y yo cumplíamos puntuales, conversando apenas. Una noche, haciendo acopio de valor, me atreví a mencionar el tema de la escuela. Creí que estábamos solos, pero tanto madre como tío escucharon y, escondidos en la biblioteca, mi hermana y yo pretendimos no oír la discusión y el llanto que siguieron.

Fue una noche confusa y terrible que apenas recuerdo, sepultada por la feliz sorpresa de la mañana siguiente: antes del alba, tío me sacudió el hombro y, acercando su boca a mi oreja, me ordenó alistarme para ir a estudiar. Momentos más tarde, cuando me presenté en la biblioteca, me guió sonriendo a la salida, corrió los cerrojos y salió conmigo a la calle.

Ahora es difícil recordar esos tiempos, recordar la felicidad es una tortura cuando se tiene la certeza de que todo fue una farsa. Que quede claro que esta narración me arde por dentro, y que es por ese motivo (la añoranza y el dolor de lo perdido), y no por ningún otro, que se puede cómo tiembla

mi caligrafía. Seré, justo por eso, breve y exacto, resumiendo gran parte de mi vida en un par de eventos importantes.

Entré al colegio el mismo día que mi tío me llevó de la mano. Mi edad era la justa y me incorporé sin problema a las clases. De ahí en adelante mi rutina cambió: me despertaba temprano, acudía a la institución de mano de mi tío y regresaba en las tardes a casa del mismo modo. Pasaron años. Con los compañeros de clase nunca tuve ningún problema, aunque siempre preferí los libros y me pasé buena parte del tiempo en la biblioteca escolar. El primer signo, que ahora parece obvio, llegó una tarde cualquiera cuando el tema de la maternidad fue parte de las clases. Supe, pese a que nadie actuó con extrañeza, que no era normal lo que conté acerca de mamá, de su silencio, de cómo nunca pisaba la calle. La maestra calló, los compañeros callaron, luego todo prosiguió como si no hubiera dicho nada.

—¿Qué es lo que tiene mamá? —pregunté a mi tío esa tarde, camino a casa.

—Mamá está enferma.

—...

—Agorafobia, mamá sufre de agorafobia —respondió por fin a mi silencio inquisitivo. Al día siguiente pregunté a la maestra que significaba aquello y ella no supo responderme. O no quiso responderme.

Mi adolescencia fue bastante tranquila. Descubrí las noches. Descubrí el cuerpo de la mujer. Pero en el fondo no me interesaban demasiado. La Historia era mi pasión, prefería volver temprano a casa con textos de antiguas mitologías, biografías de grandes personajes, ensayos sobre la importancia de la caída del muro de Berlín o el incendio de Roma. Este último me obsesionó un buen tiempo, ¿qué había pasado en realidad?, ¿no era más que el capricho de un loco? Leí todo lo que encontré al respecto. Cuando llegó el día de elegir una universidad sabía bien qué carrera elegir. Pasé el examen sin esfuerzo. Pasé el primer semestre sin esfuerzo. Era tan feliz, ¡tan feliz y tan ingenuo!

Mientras yo avanzaba (creía que lo hacía) todo en casa continuaba igual. Madre era una sombra blanca. Mi hermana, que nunca quiso salir, se le parecía como una gota a otra. De tarde en tarde, cuando yo insistía en que debía conocer el mundo, me miraba fijamente y sonreía, como cuando niña arrancaba los pétalos de las flores. Sé que mi hermana no es ninguna estúpida, entonces puede que haya llegado a pensarlo, pero no ahora... Sólo tío parecía cambiar con los años: se mostraba más huraño, se negaba a salir por semanas de su alcoba, estallaba en accesos de ira en los que golpeaba las paredes hasta sangrar. Debí prestarle atención antes, pero andaba ocupado en mis asuntos. La universidad acababa de ofrecerme el posgrado cuando tío enfermó.

Lo encontré en su habitación, presa de una excitación febril e incapaz de levantarse de la cama. Quise pedir ayuda pero me obligó a quedarme a su lado. Me senté con su mano entre las mías y, como lo sentí más calmo, confié en que todo estaría bien. Hablaba, pedía perdón, quería que madre lo perdonara por no creer en ella, por todo lo malo que había hecho. Hablaba, y el aire caliente de la habitación, sumado al sonsonete de su voz, hizo que me quedara dormido. Desperté sobresaltado, no supe cuánto tiempo después; entre mis manos, tesa y fría, la mano sin vida de mi tío se negaba a soltarme. Entré en pánico, intente hacerlo despertar, salí corriendo de la habitación, me dirigí como una flecha a la puerta de la calle, justo cuando quitaba los cerrojos sentí que las fuerzas me abandonaban y perdí el conocimiento.

Mi hermana, sentada junto a mi cama, me aplicaba pañuelos con alcohol en la frente. Traté de levantarme, contarle lo que había acabado de ocurrir, empezar con los preparativos del entierro,

—Madre ya se ha ocupado de todo —dijo, apenas en un susurro. Como pude me puse en pie y avancé hasta la habitación de tío. La cama estaba recién hecha, el resto de objetos seguían justo como los viera horas antes. ¿Cuánto tiempo estuve desmayado? No importaba, sólo sentía la necesidad de irme, el aire, todo el aire, era pesado y arduo de respirar.

—Deberíamos mudarnos, los tres, una casa más pequeña, quizás —dije a mi hermana cuando entró en la habitación, ella me dedicó una de sus miradas, sin sonreír esta vez.

—Tonto —comenzó a decir despacio—, ¿en verdad crees que podremos salir de aquí?, ¿en verdad crees que tú has salido alguna vez?

De eso hace seis meses. No sé cómo no lo noté antes. Cómo pude ser tan ingenuo. Lo que a mamá y a mi hermana reveló la intuición me lo fue enseñando a mí la evidencia tras largas horas de análisis. ¿No era raro, acaso, que mi edad al salir de casa fuera la justa para la escuela? ¿No era inusual que toda mi vida académica hubiera corrido con tan alta suerte y tan grandes honores? ¿No se repetían, con ligerísimas variaciones, todas las mujeres y todos los hombres ahí fuera? ¿No eran todas la misma mujer, todos el mismo hombre?

Es probable que quien encuentre esto no entienda lo fondo de mi desconsuelo, no pueda ni siquiera empezar a entender el horror de descubrir que se ha estado preso siempre, aun cuando se remontaban las cimas de la libertad. Hice, para estar seguro, una última prueba, por la que espero ser perdonado algún día: conté los días desde la menstruación de mi hermana y cuando el cálculo fue correcto salí a la calle y violé a la primera mujer que encontré...

Lamento ese impulso. Si lo hubiera evitado quizás podría haber encontrado el modo de vivir. Ahora es imposible. Desde hace días escucho en las mañanas a mi hermana vomitar. No me queda la menor duda de su embarazo. La casa, por supuesto, necesita quien la cuide, y espera paciente el reemplazo de mi tío, ¿a fin de cuentas, qué es el tiempo para ella? Me queda la esperanza de que exista algo más allá de la puerta, de la puerta real, de esa que yo jamás he cruzado.

Por eso escribo esto. Confío en que la caja hermética mantendrá el papel seco, y en que el pozo que he cavado y llenado de agua evitará que se quemé. Mamá duerme. Mi hermana duerme. Tuve buen cuidado, sin embargo, de asegurar las puertas para que no puedan abrirlas. Regué con gasolina los

pasillos, los muebles, las paredes. Yo mismo apesto a combustible... Poco después del punto final iniciaré el incendio.

Quien me lea:

Recuerde que hago esto en pleno uso de mis facultades. Sepa que no encontré otra salida. Yo podría haber soportado. También madre y mi hermana... Pero tan sólo pensar que mi hijo (¡concebido por error, pero hijo nuestro!) debería someterse a esta misma esclavitud... No, eso nunca. Entre la opresión y la muerte elijo, para ambos, esta última.

Y ruego a Dios que él sepa perdonarme, y que nada apague las llamas antes de que todo sea cenizas.

Versiones de un suceso

Eduardo Serrano Orejuela

1

La mujer llamó a la línea de emergencias y dijo que su marido se había ahorcado. ¡Y de qué manera!

El hombre yacía contra la puerta del baño, frente a un espejo de cuerpo entero. Una soga de nudo corredizo, alrededor de su cuello, pasaba sobre el batiente y se ataba a la perilla de la cerradura. Vestía ropa interior femenina, liguero y medias; llevaba una peluca y zapatillas de tacón alto, todo de color negro. Tenía los ojos desorbitados y de su boca colgaba una lengua amoratada. El ambiente olía a semen y a mierda.

No era necesario estrujarse los sesos para entender qué había pasado. El hombre se masturbaba mientras se asfixiaba con la soga para aumentar el placer. Quizás quedó exhausto y no pudo incorporarse a tiempo, quizás esta vez se excedió y perdió el sentido debido al déficit de oxígeno en el cerebro.

La mujer andaba en la cincuentena y era evidente que se cuidaba: dieta y ejercicios, supuse. Era blanca, llevaba el cabello negro muy corto peinado hacia atrás y tenía ojos grises de intensa mirada. No había en ellos rastro de llanto. Me presenté y le hice las preguntas de rigor. Declaró que había encontrado el cuerpo cuando volvió a casa desde el trabajo. ¿Lo había tocado? ¡De ninguna manera! ¿Cómo había sabido que estaba muerto? Me fulminó con la mirada: ¿No era acaso obvio? En su rostro leí rabia, indignación y asco. ¿Sabía del, digamos, pasatiempo de su marido? ¡Desde luego que no!

Me dijo que llevaban varios años de casados y que no tenían hijos. Él era un abogado ya pensionado, ella tenía un almacén de ropa femenina en un centro comercial. Contó sin

reticencia alguna que luego de varios años de convivencia tenían poco en común, aunque la relación no tenía conflictos y cada uno hacía su vida por aparte sin entrometerse en la del otro. De hecho, dormían en cuartos distintos. ¿Por qué no se habían divorciado? Respondió que por razones económicas: su nivel de vida se habría visto afectado, lo que me parece una razón tan buena como cualquiera otra para seguir al lado de una persona. ¿Tenía él una relación amorosa con alguien? En su mirada fulguró un brillo malicioso. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la zona de la casa donde se hallaba el cadáver y me dijo:

—Ya ve —y añadió—: Yo tampoco, si es eso lo que piensa preguntarme luego.

Después de examinar el cuerpo, el forense dio un veredicto: el hombre murió por hipoxia erótica. La autopsia practicada al día siguiente lo confirmó. Los exámenes de laboratorio mostraron, además, que el hombre había tomado un potenciador sexual. Autoerotismo con todas las garantías, comentó con sorna el forense. Por otra parte, se comprobó que la mujer no había mentido sobre su manejo del tiempo. El dictamen oficial fue de muerte accidental, de modo que el caso se dio por cerrado.

2

—¡Cerrar un caso tan prometedor! —se quejó Greco una noche, cuando nos encontramos en el club de ajedrez.

Era un cultor fervoroso de la crónica roja en un pasquín sensacionalista («diario popular y democrático», lo llamaba él no sin burla). Sentía pasión por este género periodístico que tuvo sus años de gloria en el siglo pasado, en el que la descripción de los ambientes, la caracterización de los personajes y el entramado de los sucesos eran medios para explorar, decía, el enigma de la conducta humana. La crónica, afirmaba, es un enclave literario en el periodismo, en general estilísticamente soso. Escribía desde una convicción: una

vez ocurridos los hechos, lo que quedaba en su lugar eran los relatos de los protagonistas y los testigos, o los que las autoridades reconstruían a partir de indicios, interrogatorios y sutiles o descaradas presiones y torturas. Versiones de lo que sucedió, decía, no lo que sucedió, que ya ha quedado atrás, en el tiempo y en el espacio, y, sobre todo, versiones del por qué y del para qué de lo que sucedió. Para tratar de comprender las motivaciones e intenciones de las acciones humanas era necesario explorar los posibles senderos que un evento sugería y que permitían interpretarlo de diversas maneras.

Sobre el caso había escrito en una de sus crónicas: «Este hombre, escindido andrógino platónico en busca de su unidad perdida, gustaba, en la soledad de su casa, de vestir finas prendas femeninas: zapatillas de tacón alto, medias veladas, coqueto liguero, minúsculos pantis y brasier sugestivo. Le gustaba asimismo atarse una soga al viril y delicado cuello y satisfacerse mientras se miraba y admiraba, bello y sensual, en un espejo que ponía frente a sí y dejaba caer su cuerpo para que la asfixia aumentara su disfrute. ¡Cuántas secretas perversiones reunidas en un solo deleite: fetichismo, onanismo, exhibicionismo, voyerismo, sadismo y masoquismo!»

El dictamen de muerte accidental le parecía una pobre versión entre otras posibles, más interesantes por cuanto daban una imagen más compleja de la mente humana. En otra de sus crónicas escribió: «Este cronista se pregunta: ¿fue un accidente o un suicidio? Para las autoridades, interesadas en obtener casos cerrados en concordancia con sus cerradas mentes, es verosímil pensar que el hombre se producía asfixia hasta cierto punto y entonces sustituía la cercana muerte definitiva con la pequeña muerte orgásmica, lo que le garantizaría repetir la intensa experiencia en próximos días. Pero hay otra posibilidad, que bucea más profundo en el enigma humano: la tentación del goce, ese más allá del placer que tanto deseamos y tememos, pues colinda con la muerte, tiene que volverse más y más irresistible cuando se han degustado sus amargas mieles. ¿Quiso el hombre ese día no resistirse al éxtasis supremo, el que se experimenta sólo

una vez en la vida, pues se paga con ella? Lo imagino en el momento en que, ante la inminencia del espasmo final, toma la decisión y deja caer su cuerpo para que la soga lo estrangule mientras su conciencia se funde en un puro deleite sin límites y sin marcha atrás, hermoso, sublime, absoluto».

Esa noche, mientras acomodábamos las piezas en el tablero, Greco volvió sobre el tema.

—Lo que dice la viuda es una versión entre otras posibles —dijo y abrió la partida moviendo el peón a d4.

—Es una versión que concuerda con los hechos —le repliqué.

—Con la interpretación que hicieron ustedes de los hechos. Hay otras posibles.

—Tal vez —concedí—, pero ¿qué tan probables son? No podés rechazar así como así la hipótesis del accidente. Tenés que aceptar que se le pudo haber ido la mano.

Celebró mi juego de palabras con una risita. Moví mi peón a d5.

—Esta noche te tengo una sorpresa —me dijo y jugó c4—. No es descartable que la viuda lo haya asesinado.

Lo miré. Se había echado hacia atrás en la silla, atento a mi reacción. En sus ojos había ese brillo de niño travieso que ha hecho una picardía.

—Con gusto leeré esa versión cuando la publiqués —le dije.

Estudí el tablero durante unos minutos. ¿Debía aceptar o declinar el gambito de dama que me proponía?

3

Para delicia de Greco, el caso volvió a la primera plana de diarios y noticieros cuando se supo que la mujer fue a cobrar un seguro de vida que tenía el hombre y la aseguradora se negó a pagarlo argumentando que éste se había suicidado. Según me dijo Greco con auténtico júbilo, la compañía de seguros contaba con que ella desistiría de la reclamación ante el temor de convertirse de nuevo en el foco de la atención pública. Se equivocaban. La mujer contraatacó con una demanda, dispuesta a dar la batalla.

Aunque oficialmente el caso no se había vuelto a abrir, hicimos una investigación complementaria. No encontramos nada anormal. Tanto la mujer como el hombre pagaban sendos seguros de vida desde hacía años, siendo cada uno de ellos beneficiario del otro. También habían asegurado la casa y el almacén de ella contra todo riesgo, así como sus autos. Este patrón de conducta le quitaba piso a cualquier sospecha. De otro lado, el monto del seguro no era de esos que te permiten vivir el resto de tu vida bronceándote en una playa de blanca arena mientras bebes exóticos cocteles, aunque sí importante, pues la póliza tenía una cláusula de doble indemnización en caso de muerte accidental.

Greco hizo más que cubrir el proceso. Puede decirse que intervino en él, desde su trinchera periodística, escribiendo feroces crónicas en las que hacía un retrato despiadado de la codicia de la compañía de seguros y de las estúpidas razones de sus directivos para justificar su negativa a pagar. Su estilo se hizo más incisivo, cínico y burlón que de costumbre. Había tomado partido por la causa de la mujer. Era tal la información de primera mano que manejaba, que una noche, durante una de nuestras partidas, le pregunté en broma si tenía a la mujer como informante. Para mi sorpresa, aceptó que así era. Muy hábilmente, me dijo, ella había comprendido que le convenía dar la batalla no sólo en el terreno legal, sino también en el mediático. Un día lo llamó al periódico, le puso una cita, le contó lo ocurrido y le propuso el plan. Greco aceptó, encantado con la jugosa historia que se le ofrecía y deslumbrado por la osadía de la mujer.

—Y tus sospechas de que ella mató a su marido ¿en qué quedaron?

Se quedó mirándome mientras se mordisqueaba el fino bigote de galán de cine mejicano de mediados del siglo pasado:

—No son sospechas, son narraciones alternativas en busca de una mejor comprensión de los hechos.

Mientras jugábamos, me habló de la mujer con una admiración apenas matizada por ligeros toques de ironía. Era inteligente, tenía carácter, controlaba sus emociones («Demasiado para mi gusto», precisó) y no flaqueaba cuando había tomado una decisión. Se enfrentó a la aseguradora sin vacilar, concibió el plan de valerse de los medios para ejercer presión y habló con varios periodistas. La mayoría no aceptó, otros lo hicieron a medias. Greco se la jugó a fondo: fustigar los abusos de una corporación financiera no era una oportunidad que él dejaría pasar, además de que le permitiría conocer mejor a la mujer, aliada y sospechosa a la vez.

—Tiene, pues, el perfil psicológico necesario para planear y cometer un crimen y salirse con la suya — hizo una jugada y me dijo—: No me viste venir.

Estudí el tablero. Era cierto: con dama y alfil me daría mate en pocos movimientos. Mientras jugábamos otra partida, Greco me expuso las variantes que el caso le sugería. La primera era para él la menos interesante: la mujer había llegado de improviso cuando el hombre estaba en lo suyo y, arrebatada de feroz ira y de moral indignación, se arrojó sobre su cuerpo hasta asfixiarlo sin proponérselo. Greco la descartaba porque esa conducta no encajaba con la imagen más cerebral que emocional que tenía de ella. También cabía pensar que la mujer, váyase a saber por qué medios («hay zonas de la historia que no me han sido reveladas aún», advirtió Greco), se dio cuenta del pasatiempo al que se entregaba su esposo cuando ella se ausentaba y planeó su homicidio: entraría con sigilo y, cuando él yaciera desfallecido y medio asfixiado después del último temblor, una leve pero

sostenida presión sobre sus hombros sería suficiente para liquidarlo. A Greco le gustaba esta segunda variante, pero su preferida era una tercera, tan improbable que tendría que ser verdadera, me dijo. La mujer habría tentado al hombre para que participara con ella en juegos eróticos cada vez más extremos y arriesgados, hasta convertirlo en esclavo de su deseo. Provocarle la muerte por asfixia cuando él estuviera en situación de indefensión hubiera sido fácil. Después ella saldría como siempre para su almacén con el fin de construirse una coartada a prueba de todo; a la hora acostumbrada volvería a casa, llamaría a la policía, adoptaría el semblante conveniente a las circunstancias y le contaría una historia increíble que se impondría a todos, me dijo, porque sustancialmente sería cierta.

Se quedó mirándome en silencio, esbozando una sonrisita de mal tahúr que se sabe ganador, esperando mi respuesta a sus elucubraciones de página roja.

—Entonces, según vos, la mujer nos ha manipulado.

—Totalmente. Ustedes son como estas piezas —señaló el tablero con un gesto y añadió lo que sin duda era una cita de alguno de sus escritores favoritos—: Sobre lo negro y blanco del camino buscan y libran su batalla armada. No saben que la mano señalada del jugador gobierna su destino, no saben que un rigor adamantino sujeta su albedrío y su jornada.

Tengo que reconocer que era hermoso.

Cuando se fue me quedé otro rato en el club. Después salí, tomé mi auto y, mientras manejaba rumbo a mi apartamento, me divertía repasando las variantes que Greco me había expuesto con su innegable gracia narrativa. De pronto, al juntar una cosa con otra, tuve una revelación de algo que no había entrevisto antes. Detuve el auto y me quedé pensando: palabras, entonaciones, imágenes, gestos que venían e iban a su antojo, plasmaban en mi mente un cuadro que cobraba sentido. Entonces tomé una decisión. Me dirigí a la casa de la mujer, estacioné a media cuadra y llamé a Greco por el celular. Le dije que había ocurrido un crimen digno de su

aguda pluma y me inventé una dirección. Cinco minutos más tarde lo vi salir, acompañado por la mujer. Los vi conversar un momento, los vi despedirse con un beso en la boca.

Me quedé pasmado. ¡Greco y la mujer eran amantes! ¿Se habían conocido después de la muerte del hombre, o ya se conocían desde antes? Con sus crónicas, Greco había convertido el caso en una cumbre del sensacionalismo periodístico. La identidad de la mujer, la historia de su vida, su matrimonio fracasado, hasta la dirección de su almacén, habían sido expuestos con detalle y ofrecidos a la malsana curiosidad del público. Por eso me sorprendió cuando supe que la mujer lo había contactado para que se aliara con ella en su batalla contra la aseguradora. ¿Tenía Greco algo que ver con la muerte del hombre? Esta idea me cortó el aliento. ¿Era posible que mi viejo amigo, mi compinche de ajedrez y cervezas y tangos, fuera un asesino? ¿Se estaba repitiendo, aquí y ahora, la historia contada en tantas novelas y películas de las que Greco hablaba con entusiasmo, la del hombre y la mujer que traman un crimen movidos por la pasión, la codicia o la tentación del mal? ¿Habían Greco y la mujer firmado un pacto de sangre?

El timbre del celular me trajo de nuevo a la realidad. Era Greco. Había llegado a la dirección que le di y no había encontrado nada. Me dio un ataque de risa que me impidió hablar. Greco escuchó mis carcajadas en silencio. Cuando me preguntó que dónde estaba, le dije la dirección. Colgó después de putearme: le había tendido una celada y había caído en ella con total inocencia.

Encendí el auto y tomé rumbo a mi apartamento. Por un breve momento había sucumbido al delirio de sus posibles narrativos. Pero el caso estaba cerrado, el hombre había muerto por accidente y esta era una verdad que nos convenía a la mujer, a Greco y a nuestra vieja amistad.

Miradas que matan

John Jairo Zuluaga

Cuando inició el número de los acróbatas quedé atrapado por la grácil figura de una trapecista. Había algo único y sensual en sus movimientos; sobre todo en sus ojos. Seguí sus gestos y su sonrisa hasta que se perdió entre bambalinas. Apenas desapareció quería volver a verla. No entendía lo que pasaba. Nada más existía en el circo y mis ojos no se despegaban del telón, en espera de su siguiente salida.

Empecé a ignorarlo todo. Ni el poder del ilusionista, ni el hechizo del desfile de perros y de los leones que saltan por los aros, ni los gorilas montados en bicicleta fueron suficientes. Solo cuando ella volvió a salir sonreí. Mis ojos se ataron a su cuerpo en el trapecio. Ella empezó a notarlo. Los ágiles movimientos no le permitían fijar la mirada. Sus ojos parecían hablar: “¿Dónde estás?” Debía captar su atención con los míos: “Aquí, ¡mira, aquí estoy”. Terminada la función, los espectadores apuraban el paso para conseguir transporte. Ella me ubicó entre la multitud y con mirada precavida quiso decirme: “Eres hermoso”. Mi sonrisa le devolvió el cumplido: “Tú eres más hermosa; me gustas”. Le señalé mi corazón, pero algo inesperado ocurrió: el trapecista no soportó nuestro galanteo. Mientras se bajaba de la malla se distrajo, falló el borde y cayó al suelo. Sus colegas lo rodearon y lo revisaron. No era nada grave.

Desde que abandoné el circo me propuse volver a la presentación del fin de semana. No me importaba repetir el espectáculo. De nuevo estaba allí. El comienzo de la presentación fue elegante y vistoso como la primera vez.

Para llamar la atención de la trapecista aplaudí con fuerza, sin importarme los murmullos por mis festejos. Por fin me observó y en su mirada interpreté: “Sabía que vendrías”. Mi rostro esperanzado quiso responderle: “Vendré hasta el día en que te vayas conmigo”. Se animó y en uno de sus regresos, se esforzó por mantener su mirada sobre mí. En agradecimiento volaba como una mariposa dentro de la carpa multicolor. Consciente del riesgo esperó a que avanzara el espectáculo para volver a regalarme una sonrisa más comprometedora.

Mientras tanto los animales, los fotógrafos, los vendedores de souvenirs y los artistas parecían movidos por un encanto. En mi fascinación, los trapecistas volaban como libélulas que brotaban de su mano prodigiosa. Volvieron los aplausos y yo aproveché para mandarle un beso que quería decir: “Serás mía”. Sonrió y leí en su cara: “Espero que cumplas tu palabra”. Su vida corrió riesgo al sostener su mirada en la mía mientras doblegaba los andamios. También puso en juego la vida del trapecista, que volvió a caer desde la parte más alta de la carpa. Por fortuna cayó en la malla de seguridad. De todas formas sentí temor. No quería causar una desgracia, salí del circo confundido. En el futuro sería más precavido, no quería que por mi culpa alguien saliera lastimado. Lancé una mirada a la pista y ella, con preocupación, me vio salir. Parecía reprocharme: “No pasó nada, cayó en la malla de seguridad, no es para tanto”. La observé por unos instantes. Mi mirada le respondió: “Todo es culpa nuestra”. Di la espalda y abandoné la función.

A los pocos días volví, pero no como espectador. Esta vez me puse a merodear alrededor. Por fin la vi, mientras seguía órdenes de un instructor. Creí que el mundo se me venía encima: practicaba con el trapecista. Él la tomó de la cintura en un gesto que me pareció amoroso. Por fortuna su reacción me devolvió la tranquilidad, porque quiso advertirle con su rostro grave: “No se apasione. Estoy comprometida”. Él quiso responderle con su mirada de reproche: “Te enamoraste del espectador. Espero que no causes una tragedia”.

La duda y los celos me llevaron a odiarlo. Al día siguiente volví. Me junté con los curiosos para atisbar por el mismo

pedazo de carpa levantada. Había artistas que dialogaban con informalidad. Me entristecí: conversaba con él, cogida de la mano. Apunté con mis ojos hacia su rostro. Mi ceño altanero la reconvinó y logré su atención. Mis pupilas dilatadas le reclamaron: “¡Cómo quieres que cumpla con mi palabra!”. De inmediato le soltó la mano como si me aclarara: “No pasa nada; mira, somos amigos”. Su respuesta no me tranquilizó. Di la espalda y me retiré contrariado.

En contra de mi orgullo, me preparé para disputar su amor con el trapecista. Regresé y tomé el lugar de siempre, noté que algo había variado. Esta vez se anticiparon los osos en bicicleta, los perros saltarines aparecieron después. El número de los trapecistas vino en el intermedio. Cuando aparecieron se oyó una nueva tanda de aplausos. Tras la venia, ella se salió del libreto y barrió el público con la mirada hasta encontrarme. Una risa de alegría coronó sus mejillas. Con su mirada coqueta parecía decirme: “Me alegra verte. Me hacía falta tu presencia”. Volvieron mis ilusiones. Debía buscar sus ojos en el aire, pues pronto subieron a los trapecios y comenzaron los malabares. Era el número con mi rival.

Leí en sus ojos: “No te pongas celoso, entre él y yo nunca habrá nada”. Me ganó el desconsuelo porque el trapecista la había tomado de la cintura antes de la acrobacia. Ella se soltó e improvisó otra pirueta en el aire. Me dirigió una mirada que era como una aclaración: “Tranquilo, es un atrevido, solo pienso en ti”. Reaccioné como un niño y cambié de gradería. Uno momento después, me ubicó de nuevo. Deseé lo peor para mi rival. El hombre sufría con mi presencia. Ahora su atención estaba entre el trapecio, la mujer y yo. Cualquier descuido sería mortal. Quise aprovechar la ocasión.

Los trapecistas se lanzaron al último número, la música invadió la carpa. En medio de los aplausos sus cuerpos viajaban como papel elevado por el viento. Cuando estuvo en lo más alto de la carpa aproveché para enfocar el rostro de la muchacha y lo provoqué. Ella sonrió y fue más allá. Como si hubiésemos concertado una treta suspendió su cuerpo y se sentó en el columpio. Desde esa posición nos miramos con galantería. Fue demasiado para él, la humillación se reflejó en

su rostro. Los aplausos resonaron en el recinto, pero nadie, excepto nosotros, comprendió lo que pasaba. Para completar le lancé un beso al aire y a él le clavé mi rostro de odio. Con amargura se lanzó fuera de la malla de protección y cayó al piso de forma estrepitosa.

La música se detuvo, los asistentes se agarraban la cabeza. Los compañeros se acercaron para asistirlo, pero fue demasiado tarde. La multitud huyó en medio de los gritos y de los llamados de auxilio. Yo salí detrás de la gente y no di marcha atrás. Mi venganza había terminado.

Cementerio de mascotas

Henry Linares

Cuando me levanté la casa estaba en silencio y el día ya era amarillo colándose por las ventanas, recorrí los cuartos donde dormían mis hermanas, revisé los armarios y la cómoda donde guarda la ropa mi mamá, busqué entre ropa interior y pijamas, corrí de un lado para otro los vestidos de mi papá colgados en el tubo del armario, no sabía que buscaba, era una búsqueda de suerte, entre un saco de paño café encontré unas monedas. Calenté café con leche y tomé con pan, sentado en la sala pensando en que iría a la casa de Garufa a ver televisión toda la tarde.

Había dejado el colegio hacía un mes, la pasaba durmiendo hasta tarde y llegando en la madrugada a la casa. Mi mamá me había quitado la llave de la puerta, así que siempre dejaba la ventana de mi cuarto entreabierta o la de la cocina, por si me cerraban la del cuarto. Vivíamos en una casa prefabricada en mitad de un lote, el acceso era fácil por cualquier ventana.

El lote era un cementerio de mascotas donde estaba enterrada la perra Yari, un día llegó con un corte en el lomo. Mi papá dijo que el carnicero de la Séptima la había encontrado robando un hueso, llegó arrastrándose y él mismo le arregló una cama en el taller de carpintería que tenía en el patio. Una semana después la enterramos al lado de mi gato Pachá —qué nombre tan obvio para un gato. A Pachá lo había encontrado tirado entre unos guacales de madera que mi abuela vendía en la plaza de mercado. Estaba tullido, tieso. Pensé que era por el frío de la madrugada, pero después me enteré que lo habían envenenado. Con mi hermano mayor hicimos una fosa y cubrimos su cuerpo blanco y negro con tierra.

Vagué otro rato por la casa vacía, me acosté en la cama de mis papás, me masturbé pensando en Diana y me quedé dormido. Desperté hambriento, revisé las ollas pero la imagen de la sopa fría, como una masa gelatinosa, no me

animó. Me puse un pantalón con las botas negras de rayas doradas y el saco nuevo, de hilo amarillo, que mi hermano había comprado con su primer sueldo, lo tenía escondido entre el armario del cuarto donde dormíamos, debajo de las sábanas de cambio, diciendo que lo estrenaría en una ocasión especial. Ajusté la puerta de la casa, atravesé el lote y cerré el portón que daba a la calle. El barrio estaba vacío. Bajé media cuadra y encontré la plaza de mercado desierta. Sólo funcionaba los sábados, entre semana los restos abandonados se iban secando. Caminé sobre hojas secas, barro, restos de comida, periódicos sucios, desperdicios humanos. En una esquina unos niños saltaban sobre una hoguera.

Crucé la vorágine casi sin pisar el suelo. Palpé las monedas en el bolsillo y pensé en bajar hasta La Tienda de Badillo para comprar un pedazo de salchichón y un paquete de papas fritas. Iba ensimismado cuando escuché que me llamaban.

—Jerry, Jerry... ayúdeme.

Quedé paralizado cuando levanté la cabeza y vi a los tres personajes, aunque sólo reconocí a Erlis. Erlis se la pasaba en la esquina del parqueadero. De noche atracaba a las señoras que se bajaban del bus y tenían que atravesar el callejón que llevaba a Torcoroma. Aun así nadie se metía con él. Seguí bajando despacio como si no existiera.

—¡Jerry, ayúdeme!

Ya estaban muy cerca. Erlis, como a dos metros, me miraba con ojos desorbitados, atiborrados de sangre. Reconocí a John Fredy, tenía un pómulo tan hinchado que casi le cerraba el ojo. De la nariz le salía un hilo de sangre que le llenaba la boca. Pensé: ¿Por qué me embala este man así? Conocía a las hermanas, Diana y Janet, “las escobas”, pero nunca había hablado con él. ¿Por qué me llama? ¿Por qué me mete en su problema?

—Hola caribonito —sentí el aliento a guarapo de Erlis. Caminaba a mi lado, balanceándose. En las comisuras de la boca tenía una costra amarillenta, y los labios blancos,

resecos. Aceleré el paso y entré en La Tienda de Badillo. Una señora que compraba cebolla la dejó sobre el mostrador y salió espantada. Miré afuera. Raúl Quintana agarraba a John Fredy del brazo, mientras le gritaba a los mecánicos; manoteaba pero no soltaba la carne, me pregunté qué hacían estas dos hienas tan lejos de su casa. Supuse que bajaban intoxicados del cerro, de la olla de Los Pascuales.

Raúl Quintana empezó robando bicicletas en los parques. Vivía pasando la carrilera, en la parte de atrás de una carpintería. Ahora se dedicaba a atracar a la gente que subía tarde por la autopista; les saltaba con un revolver oculto debajo de una ruana blanca. Tiempo después, no le perdonarían que se estuviera culiando la mujer de un policía. Allanaron la casa una noche y lo persiguieron por los tejados, lo encontraron tirado en el canal, abajo del Cardioinfantil, tenía la cara desfigurada por los golpes, sin ojos y entre las uñas de las manos y los pies tenía astillas de madera.

Nunca los había visto por la parte de arriba del barrio. Pedí una gaseosa, pero tuve que gritarle a Badillo varias veces. Escondido detrás de la vitrina, viendo como la bestia rebuscaba entre el local, me alcanzó la botella y me hizo señas que me fuera. Bebí despacio, dándome tiempo. Me recosté en el refrigerador y aseguré la botella cogiéndola por el cuello. Erlis se distrajo mirando una máquina de marcianitos. Le di un sorbo largo a la botella y la dejé sobre el mostrador. Caminé despacio hacia la puerta y vi a Raúl jalar del pelo a John Fredy.

No miré más, me sentía liberado. Caminé rápido sin mirar hacia atrás. Atravesé la calle para no escuchar los gritos de la presa y llegué a la esquina de los carniceros. Vi varios buses parqueados y me metí por el túnel que formaban contra una pared larga sin pintar. Volteé y no vi a nadie. Intenté correr, pero por la abertura de dos buses apareció Erlis. Tenía un cuchillo largo y delgado en una mano, con la otra me agarró del saco.

Un domingo por la mañana cuando el barrio estaba en silencio y la basura volaba por las calles vacías, encontraron

a Erlis tirado en la esquina de la chatarrería. Tenía el cráneo destrozado. Todos pasaban por un lado, a nadie le importaba el cuerpo desangrado en la acera. Después de salir de la cárcel por intento de violación de una niña en la esquina del parqueadero, Erlis se dedicó a hacer la línea para Los Pascuales. Vendía bazuco y marihuana por el barrio, pero les faltó a los del cerro con la mercancía. Otra cosa que se decía era que el papá de la niña nunca perdonó al abusador y lo mató a la madrugada con un martillo. Recogieron el cuerpo a medio día. Ese domingo llovió por la noche, sólo quedó una mancha café en el concreto, como el contorno de un mapa.

—¿Para dónde va el caribonito, se me quería volar?

El miedo no tuvo tiempo de brotar. La hiena me empujó contra la pared, no sentí el golpe. Con un movimiento rápido giré y quedé mirando el túnel por donde había entrado.

—¡Bájese de ese saco rápido!

—Fresco hermano, todo bien, suelte el saco para poder quitármelo.

—Sí, tan güevon, para que se me escape.

Yo miraba el cuchillo negro y oxidado agitarse y el recuerdo de mi hermano me explotó en la cabeza. El saco nuevo, sin estrenar; tenía que devolverlo antes de que se diera cuenta. La hiena se distrajo por un segundo y yo lo sujeté del puño de la camisa.

—Uy, me salió vivo el caribonito —me dijo, mientras trataba de cortarme.

—¡Me chuzó! —le grité.

—¡Que va! Caribonito, no sea mentiroso.

Sujetaba con fuerza y con terror ese pedazo de tela mientras forcejeábamos. Rogaba para que alguien pasara, que del bus saliera un salvador. Me lanzó de nuevo contra la pared pero no lo solté. Me apoyé en el muro y lo estrellé contra el bus que

soltó un sonido metálico. Tambaleó y le metí un empujón que lo tiró al piso. La hiena pataleaba bocarriba sin soltar el arma, corrí por el túnel hasta el final y levanté una piedra. Giré y vi a Erlis correr sosteniéndose de los buses y la pared con el cuchillo en la mano. Cuando salió se quedó quieto, mirándome, como si no me reconociera.

—¡Ahora sí! —grité, con una voz que no reconocí. No sabía que pasaba, por qué me había detenido, sostenía una piedra grande, húmeda, que se me resbalaba; tenía que agarrarla con las dos manos. Erlis se agachó para recoger su dotación. Lancé la piedra sin control, pero no lo tocó y fue a dar contra el último bus. Ahora mi contrincante tenía en la mano derecha un cuchillo y en la otra una piedra. Corrí por la Octava hacia la Ciento Sesentaidós y doblé a la derecha, no miraba atrás. El miedo se evaporó cuando vi las puertas de la estación de policía y le dije al Cobra, que estaba en el andén revisando una moto, que me ayudara, que me iban a atracar. No pensaba; si ya estaba libre, ¿para qué fui a la estación?

Y ahí iba yo, montado en la parte trasera de la moto de un policía, dándome boleta por todo el barrio. Rogando que no encontráramos a Erlis, le dije al Cobra que me dejara en la esquina del Supermercado Galindo. Me preguntó si iba a poner la denuncia, le dije que no, que no sabía quién era el ladrón. Revisé el saco, tenía un corte en la parte del frente. Caminé dando un rodeo por el Centro Comunitario Servitá y llegué a mi casa por la calle de arriba. Guardé el saco debajo de las sábanas, dejé entreabierta la ventana del baño y volví a la calle.

La siguiente intervención

Andrea Torres

Una vagabunda o una plácida amante, no podría precisarlo. Aceptaba cualquier tipo de propuesta del primero que se me acercara. Era poco selectiva, por ejemplo, salía seguido con Eddy, un traficante maloliente y sádico que frecuentaba el mismo bar. Con estas rutinas llegué siempre a tiempo con el pago del alquiler, pero la que realmente me sostenía era ella, mi falible pelirroja.

Se llamaba Diana, la amaba profundamente. Mi chica era resbaladiza y viciosa, con algo de suerte aventajaba a la muerte. No me importaba su etérea condición, yo era el hombre que la cuidaba. Lentamente sus manías me ganaron la conquista, en mayo al fin se esfumó. No pude hallarla, se elevó como llama, dejándome incendiada por dentro.

Así eran los giros del destino, ya no la tenía y no pensaba quedarme a solas llorándola. La vida me cambió a partir de esa misma noche.

Llegué al café-bar de Galerías, lleno de personajes estrambóticos, como de costumbre. Me senté en la barra: crucé las piernas, me retoqué el labial, pedí una copa de vino y empecé a seguir la letrilla de la canción que sonaba: La garota de Ipanema. Hacía mucho no escuchaba esa canción, la verdad empecé a recordarla de inmediato, ni siquiera iniciaba el coro y yo ya estaba ondulando los brazos, como si con ese gesto pudiera traer de vuelta a la belleza ausente. En cambio, una mano fría tocó mi hombro. Al girar descubrí un angelito de pelo corto, dientes muy blancos y atuendo impecable.

— Buenas noches, señorita, ¿puedo ofrecerle una copa?

No respondí nada, me quedé mirándolo perpleja. Le sonreí, mientras él se sentaba a mi lado.

—A mí también me gusta mucho la música. ¿Se ha identificado alguna vez con algún instrumento? Yo, por ejemplo, me creo una flauta traversa; podría enseñarle mis claves, si quisiera.

—Tal vez sí, pero, ¿por qué no empezamos con la copa?

Así empezó una charla que parecía leída; de metáforas a párrafos, de argumentos a citas de textos. No cabía el silencio, era la conversación más armónica que había sostenido. Pasadas algunas horas, el cambio de música anunció el cierre: las sillas retrocedían, los pasos tambaleaban, las cuentas iban y venían. Mientras tanto, F me llevó a su auto, prendió la radio y dijo: “la flauta esta afinada y la está esperando, mi pequeña”. ¡Pequeña!, me sentí una Lolita; qué término tan discutible y a la vez halagador, sobre todo para una mujer de más de treinta.

En un dos por tres estuvimos en su apartamento. A medias recuerdo que estaba decorado con ilustraciones de cuerpos contorsionados y rostros crispados. Pronto tuve una nueva copa en la mano.

—Hermosa, estás en tu casa —sonrió—. Al menos por unas horas; relájate.

—Claro, pero sigo sin entender lo de la flauta, quisiera conocer sus claves. ¿Me las vas a enseñar? —pregunté.

—Termina tu copa, ya pasaremos a mis instrumentos.

Le miré mientras se alejaba al fondo del pasillo. Algo dentro de mí sugería que podía omitir ese descubrimiento. Debí marcharme, pero me sentí tan poseída por aquella atmósfera inmóvil, que no logré levantarme.

Cuando desperté encontré mi cuerpo desnudo sobre una mesa, algunos trazos delineaban mis senos y mi sexo. A mi izquierda un joven parecía también preparado para una intervención. F, el angelito de las manos frías, vestía de cirujano y organizaba algo en otra mesa.

—Señorita, buenos días. En esta casa se desayuna con anestesia. A su izquierda se encuentra mi segunda pasión después de la cirugía casera. Su nombre es Gabriel. Es casi perfecto, ¿no le parece? Pero también es muy caprichoso: le gustan los zapatos de tacón, los bolsos de cuero... incluso ahora quiere ciertas partes de su cuerpo, y llamarse Gabriela. ¡No sabe el placer que nos ha dado conocerla!

Como dije con anterioridad, todo había tomado un rumbo incontrolable, no podía desistir ni olvidar mi dolor. Me dejé envolver en lo que sentía, la anestesia jugueteaba conmigo, así que simplemente me presté al azar. La vida volvía a cambiarme.

Ahora que ya han pasado varios años y mi mente se ha transformado, me hice muy amiga de esta acertada pareja y, como ellos, me he vuelto caprichosa. Esta misma noche volveremos a las prácticas caseras, Gabriela seducirá a Eddy, mientras yo en el apartamento de F, espero mi siguiente intervención.

Mañana seré un vagabundo o un plácido amante, no podría precisarlo. Lo único cierto es que me habría gustado hacer esto mucho antes, o que mi amor fantasmal reapareciera y viera en lo que me habré convertido: un hombre que nunca dejará de amarla.

De los autores

Guido Ceccotti

Alumno del Taller Virtual de Escritores desde 2012, ha desarrollado los cursos de cuento y novela, dedicando gran parte de su tiempo libre a la creación de relatos breves.

Nazmy Estefan Girón

Nacido en Cali hace 65 años, de padre Sirio y madre colombiana, pasó su niñez en el hermoso Valle del Cauca. Ingeniero Eléctrico de la Universidad de los Andes, luego de desarrollar su carrera en empresas multinacionales de los sectores de tecnología y energía, goza ahora su vida de jubilado, sus nietos y las actividades que el tiempo sin afanes le permite, entre ellas escribir relatos. Participa en el Taller Virtual de Escritores desde 2012.

Fabio Camacho Hadad

Nacido en Armenia, Quindío, en 1964. Ingeniero químico. Ha trabajado en diferentes compañías en Bogotá, Barranquilla y Cartagena. Actualmente vive y labora en Estados Unidos. Alterna su profesión con sus aficiones literarias, entre la lectura y la escritura de cuentos. Ha participado en el Taller Virtual de Escritores desde 2012.

Clara Schoenborn

Nacida en Cali. Ganadora del Gran Premio con edición, 27 Encuentro de Mujeres Poetas Colombianas (Museo Rayo, 2011); finalista en el Premio Carmen Conde de poesía escrita por mujeres (Madrid, España, 2012); mención de honor en el Concurso Poesía de los Objetos Casa de Poesía Silva (Bogotá, 2012) Publicaciones: Búsquedas y encuentros, Editorial Caza de Libros (Bogotá, 2011)

El amor es mi último veneno —edición virtual— Ediciones Dadá Virtuales (Bogotá, 2012); Los oficios en clave de Atenea. 26 Feria Internacional del Libro Bogotá, Apidama Ediciones (Bogotá, 2013). Participó en el Taller Virtual de Escritores en 2012.

Víctor Orlando Lancheros Benítez

17 de abril de 1965, Aries. Serpiente en el Calendario Chino. Licenciado no titulado de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Asesor deportivo de profesión, mensajero por obligación, literato por convicción. Autor del libro inédito “Saetas de limón” y del libro “Ruta fácil”, en ejecución. Participó en el Taller Virtual de Escritores en 2011.

Henry Arturo Linares Rincón

Bogotá, 1968. Escritor, egresado del Taller de Escritores de la Universidad Central (2012), Ha participado en el Taller de Cuento “Ciudad de Bogotá” (2010); Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño (2011); Taller de Edición Palíndrome de la Fundación Cultural Libro de Arena (2011); “La arquitectura de la mentira” con el escritor argentino Pablo Ramos (2011); y Taller Virtual de Escritores (2012). Incluido en las antologías Cuaderno 2011, Antología del Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño (Bogotá, 2011) y Árbol del Paraíso - Narradores Colombianos Contemporáneos (Bogotá, 2012). Sus cuentos El arte cuesta y Gentil Garzón fueron publicados en la revista digital Lapalabranet.net de la Fundación Cumbre Mundial de Paz.

María Victoria Acevedo Ardila

Nació en Bogotá, en 1971. Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia. Ha participado en varios talleres de cuento y crónica. Participó en la Antología de Relata 2012 y ese mismo año obtuvo el premio de Servientrega a la crónica más original. Recientemente participó en la antología de cuentos “El alimento del futuro y otros cuentos” que forma parte del

programa Funza Avanza con la Lectura. Es docente y forma parte del taller Funza para contar.

Erwin Salcedo Niño

Proviene de Concepción, Santander. Está exiliado en Bogotá desde que tiene memoria. Ha sido profesor de matemáticas y durante 12 años manejó el equipo de proyecciones astronómicas del Planetario de Bogotá, donde daba conferencias sobre diferentes temas de Astronomía y Ciencias del Espacio. Es conocedor del cielo y de sus alrededores, le gusta explorar el infinito y más allá. Egresado del Taller de Poesía de la Casa Silva, del Taller de Poesía de la Universidad Central, del Taller de Escritores de la Universidad Central. Actualmente cursa el Taller de cuento Nivel IV en el Taller Virtual de Escritores.

Susana María Rico Barrera

Es estudiante de Filología en la ciudad de Vorónezh, Rusia. En Bogotá, Colombia participó en el “Taller de poesía I y II”, dirigido por el poeta Miguel Méndez Camacho en el Gimnasio Moderno y en otros eventos locales. Participó en el Taller Virtual de Escritores en 2011. Sus escritos pueden leerse en el blog <http://susanamaryoceanoblogspot.com>

Mauricio Suárez León

Cursó estudios literarios en la Universidad Nacional y se especializó en periodismo digital y cultural. Fue jurado del concurso de ensayo “¿Te suena la ciudad?” (2010) e investigador del patrimonio sonoro de Bogotá (2011). Su crónica El silencio de las campanas es resultado de su participación en el Taller Virtual de Escritores en 2011; con ella fue finalista en el concurso Stad, historias de la gran ciudad, organizado por Idartes y el Goethe Institut en 2013. Actualmente desarrolla proyectos de narrativa audiovisual en el taller “Escritores de imágenes” de Terciopelo Negro Producciones.

Miriam del Valle Frontalini

Nació y reside en Córdoba, Argentina. Es profesora de primer y segundo ciclo de EGB y escritora. Tiene diversas publicaciones en antologías (Editorial Novelarte, Tinta Libre, Centro de Escritores Nacionales) ganando, además, una Mención Especial en el “Bicentenario de Poesía y Narrativa” (C.E.N. Ediciones 2010) y dos veces seleccionada en los concursos de Editorial Dunken (Intermitencias 2012, Letras del Face 2013). Participó en talleres y encuentros de escritura dentro de su país, también en proyectos a nivel internacional. Participó en el Taller Virtual de Escritores en 2011.

Eduardo Serrano Orejuela

Profesor jubilado de la Universidad del Valle (Cali, Colombia). Licenciado en Literatura (Universidad del Valle), DEA en Literaturas Iberoamericanas (Université de Paris VIII) y Doctor en Humanidades (Universidad del Valle). Autor del libro La narración literaria. Teoría y análisis (1996) y de artículos de crítica literaria, de narratología y de semiótica discursiva. Ha publicado minicuentos en la revista Ekuóreo. Participó en el Taller Virtual de Escritores en 2011.

John Jairo Zuluaga Londoño

Armenia, 1964. Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad del Quindío y Magister en Evaluación en Educación. Ha publicado los libros de cuento: Daniel Harrison (Confamiliar del Atlántico, Barranquilla, 2004) y El perro del patrón y otras minificciones (Sic Editorial, Bucaramanga, 2006). Incluido en la selección de ganadores del Segundo Concurso de Cuento de la revista Umpalá, 2006; en la Antología de Narradores Contemporáneos Árbol del Paraíso, Común Presencia Editores, Bogotá, 2012; en Crónicas: Los oficios del parque, colección Libro al Viento, Bogotá, 2012 y en la antología de ganadores del III Concurso Regional de Cuento, Humberto Jaramillo Ángel, Armenia, 2012. Participó en el Taller Virtual de Escritores en 2012.

Margarita Piedad Gutiérrez

Cursó estudios de Psicología en la Universidad Nacional de Colombia y de maestría en Creatividad en la Universidad de Santiago de Compostela (España). Ha sido docente en el SENA y en varias universidades. Coordinadora de capacitación en Cafam. Alumna del Taller Virtual de Escritores en 2011 y 2012. Participa en el Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, desde 2012.

Eliana Hernández Pachón

Bogotá, 1989. Es Antropóloga con estudios en arte, de la Universidad de los Andes. Ha publicado sus textos en algunas revistas y blogs literarios. Actualmente reside en Nueva York y cursa el MFA en Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York. Participó en el Taller Virtual de Escritores en 2012.

Andrea Torres

Estudió publicidad y mercadeo, pero su verdadera pasión es la danza, el teatro y la literatura. Publicó un cuento en Cuaderno 2011, antología del Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño. Cursó el Taller virtual de Escritores en 2010.

Del equipo de trabajo

Sandra Uribe [talleres de poesía para niños y adultos]

Poeta, docente, magíster en Estudios de la Cultura con mención en Literatura Hispanoamericana, ganadora de varios concursos nacionales de poesía. Sus publicaciones han sido traducidas al italiano, el inglés y el estonio. Jurado del Premio Nacional de Poesía “Ciudad de Bogotá” en 2007 y 2009. Ganadora del concurso Casa de Poesía Silva 2011. Ganadora del concurso Libro de Poesía 2011, de la Universidad Industrial de Santander.

Nathaly Díaz [taller de poesía para jóvenes]

Cofundadora de la revista de poesía El Ático. Ganadora en diversos concursos locales de poesía. Autora en la antología Memorias del agua en Bogotá, 2011. Textos suyos han sido publicados en el libro Estaciones de la palabra (Casa de Poesía Silva); el cuadernillo Poesía joven (XIII Festival Internacional de Poesía de Bogotá), el proyecto en red “Las elecciones afectivas”, y en las revistas El Ático, Común Presencia y Poetas del Cinco.

Carolina Rodríguez [taller de cuento para niños]

Pedagoga especialista en procesos de lectura y escritura creativa. Es egresada del Taller de Escritores de la Universidad Central. Fue finalista del Concurso Nacional de Novela Breve Universidad Central en 2009. Publicó en la antología Cuaderno 2011, antología del Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

Luis Ovallos [taller de cuento para jóvenes]

Autor de cuento y crónica. Ganador en varios concursos locales de crónica y cuento entre 2009 y 2011. Finalista en el concurso nacional de novela corta del Idartes, 2010. Ganador de Estímulos a la Creación Artística Local, en 2011. Publicación en Cuaderno 2011, antología del Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2011.

Cristian Valencia [taller de crónica para adultos]

Autor de crónica, novela y cuento, ganador de diversos concursos y becas de creación. Ha escrito para Cromos, Soho, Credencial, El Espectador y El Tiempo. Ha publicado con editorial Planeta El rastro de Irene y Bitácora del dragón, y Hay días en que amanezco muerto, con Random House Mondadori. Dirigió entre 2008 y 2010 el Taller de Crónica Ciudad de Bogotá, auspiciado por la Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

Alexander Caro [taller de crónica para jóvenes]

Graduado en Estudios Literarios de la Universidad Nacional. Máster en Filosofía de la Universidad de los Andes, 2010. Cofundador de la revista Educación Estética. Ganador de estímulos locales a la creación (2009 y 2010), con los cuales escribió la revista de crónicas “Engativá profana”. Primer premio en el concurso de cuento de la Revista Surgente, BULA (Bogotá Capital Mundial del Libro). Reseñas suyas han sido publicadas en las revistas Palimpsesto, Número y La Movida Literaria. Hizo parte del equipo coordinador de la Red Distrital de Talleres Locales de Escrituras, IDARTES, en 2013.

Andrea Torres [asistente administrativa]

Administradora de mercadeo de la Universidad del Área Andina. Asistente de dirección del Taller Virtual de Escritores desde 2011. Publicó un cuento en el Cuaderno 2011, antología del Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño. También participó como estudiante de cuento en el Taller Virtual de Escritores de 2010. Presentó el proyecto de beca que resultó ganador en el Ministerio de Cultura e hizo posible la presente antología.

Miguel Ángel Guerrero [director web]

Ingeniero en telemática de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas e Instructor en Nuevas Tecnologías aplicadas a la educación para docentes de la misma universidad. Amplia experiencia en implementación y administración de plataformas e-learning, particularmente servidores haciendo uso de

distribuciones del sistema operativo Linux y herramientas de código abierto.

Abelardo Leal [taller de ensayo]

Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Mención de honor en el Premio Mundial de Ensayo sobre la Paz, Tokio, Japón, 2006 y 2007. Finalista en el Premio Nacional de Novela Cámara de Comercio de Medellín (2009). Premio Internacional de cuento María Agustina (Murcia, España, 2006). Segundo premio Concurso de Microrrelatos Calle del Sol (Santander, España, 2009). Premio Internacional de Poesía Jiménez Campaña (Ayuntamiento de Loja, España, 2008). Premio de poesía Gustavo Ibarra Merlano (2008). Premio Iberoamericano Universitario de Poesía Desiderio Macías Silva (México, 2009). Premio de poesía Universidad Externado de Colombia (2005 y 2007).

Fundadores**Laura Mhurillo [implementación de plataforma Moodle]**

Especialista en Ingeniería de Software de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Experta en planeación, diseño, desarrollo, mantenimiento y control de proyectos informáticos. Actualmente se desempeña como líder de proyectos para una entidad financiera. Cofundadora del Taller Virtual de Escritores, dirigió el área de informática del proyecto entre 2009 y 2010.

Óscar Pantoja [taller de cuento para adultos y taller de novela]

Guionista de la novela gráfica Gabo, memorias de una vida mágica. Ganador del Premio Nacional de Novela Corta Alejo Carpentier (2001) y de dos Becas Nacionales de Cinematografía del Ministerio de Cultura (1998 y 2001). Ha sido docente de

literatura y audiovisuales en diversas academias y universidades. Cofundador del Taller Virtual de Escritores, dirigió los talleres de cuento y novela corta hasta 2012.

Jairo Andrade [taller de cuento para adultos y taller de novela; director de proyecto]

Premio Nacional de Cuento Jorge Gaitán Durán (2012), primer premio en el concurso de cuento IDCT (Bogotá, 1999), primer finalista en el Concurso Nacional de Novela Corta Universidad Central (2009 y 2010), segundo premio en el Concurso Nacional de Cuento Universidad Central (2010) y mención de honor en el concurso de cuento homenaje a Clarice Lispector del Instituto Brasil-Colombia (2011). Ha sido director de talleres y jurado de concursos literarios en diversas universidades, y en el Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación. Dirige los talleres literarios de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño desde 2002. Cofundador del Taller Virtual de Escritores, dirige el proyecto hasta la fecha.

Índice

Presentación	5
Taller virtual de Cuento Niveles 3 - 4	
El caso Wagenknecht	11
El juego de las líneas	15
Despedida	23
Taller virtual de Poesía	
Juego de luces	33
2013	34
Interior	35
<i>Caminos</i>	37
El breve tiempo...	39
La 325	41
Geometría	43
5	45

Taller virtual de Cuento Nivel 2

El aprendiz de escritor 49

Sopa de manos 57

Taller virtual de Crónica

El silencio de las campanas 63

Taller virtual de Cuento Nivel 1

Ambición 69

Roma 73

Versiones de un suceso 79

Miradas que matan 87

Cementerio de mascotas 91

La siguiente intervención 97

De los autores 101

Del equipo de trabajo 107

